

# UN VESTIDO PARA CADA OCASIÓN: LA INDUMENTARIA DE LA REALEZA BAJOMEDIEVAL COMO INSTRUMENTO PARA LA AFIRMACIÓN, LA IMITACIÓN Y EL BOATO. EL EJEMPLO DE ISABEL I DE CASTILLA

María del Cristo González Marrero  
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Aun es cosa natural, o como natural  
y vsada en toda parte e lugar, que  
se muden las vestiduras segund que  
se mudan los tienpos. Ca assi como  
vsamos vnas vestiduras en verano  
e otras en inuierno, assi vsamos e  
deuemos vsar vnas en tiempo de  
tristeza, de lloro e de aduersidad, e  
otras en tiempo de alegria, de gozo y  
de prosperidad.

HERNANDO DE TALAVERA

## RESUMEN

Durante la Baja Edad Media, los monarcas castellanos usaron las ceremonias como escenarios idóneos en los que poner de manifiesto la grandeza de su poder. Muchos elementos contribuyeron con éxito a la consecución de este objetivo y se convirtieron en instrumentos indispensables de esta dimensión propagandística del lenguaje de poder. Este trabajo constituye un análisis del papel desempeñado por la indumentaria en algunas de estas ceremonias, como las vinculadas al recibimiento de las embajadas extranjeras o a las entradas reales, con especial referencia a Isabel I de Castilla. En la cuidada elección de un vestido para cada ocasión parece estar la intención de garantizar, en unos casos, la autoafirmación, en otros la imitación, y todos ellos la magnificencia y el boato.

**PALABRAS CLAVE:** Baja Edad Media, dinastía Trastámara, Isabel I de Castilla, ceremonias reales, propaganda, vestimenta.

## ABSTRACT

During the Late Middle Ages the Castilian monarchs used ceremonies as the ideal stage to show off the greatness of their power from. Many elements successfully contributed to the achievement of this goal and became indispensable tools of the language of power propaganda. This paper offers the analysis of the role of clothing in some of these ceremonies, such as those



related to the reception of foreign ambassadors or royal entries, with especial reference to Isabella I of Castile. The careful choice of a dress for every occasion seemed intended to ensure, in some cases, self-assertion, in others imitation, and in all cases magnificence and pageantry.

KEYWORDS: Late Middle Ages, Trastámara dynasty, Isabella I of Castile, royal ceremonies, propaganda, clothing.

## INTRODUCCIÓN

En las últimas centurias de la Edad Media peninsular, reyes y reinas fueron protagonistas de un proceso de ceremonialización de los actos públicos, y también de la vida privada, cuyo objetivo era, entre otros, contribuir a la exaltación de la *dignitas regi*. En Castilla, los monarcas de la dinastía Trastámara fueron los principales representantes de esta marcada tendencia a la ceremonialización de la vida política, asistiendo a un momento destacado de este proceso durante el reinado de Isabel la Católica<sup>1</sup>. No obstante, todavía se mantuvo vigente durante su gobierno el debate entre la exhibición y el ocultamiento, cuestión que es posible advertir en las intenciones de esta reina tratando de conciliar la gravedad en el trato con sus súbditos, como forma de mantener las distancias, con la perseverante exposición de sus símbolos<sup>2</sup>.

Resulta obvia la dimensión propagandística que forma parte de las ceremonias reales vinculadas a la vida pública. Dado que se trataba de eventos que reunían en un mismo espacio a diversos interlocutores, constituían sin duda el ámbito más favorable para lograr estos objetivos. Como muy bien ha señalado Ana Isabel Carrasco, la propaganda política «es, ante todo, un fenómeno de comunicación y, como en todo fenómeno de comunicación, cada uno de los interlocutores cumple

---

<sup>1</sup> Este proceso ha sido estudiado por el profesor J.M. NIETO SORIA y sus trabajos constituyen, sin duda alguna, los mejores referentes para el caso castellano durante la Baja Edad Media. Sin ánimo de ser exhaustiva, recordaré, por ejemplo *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, Madrid, Editorial Nerea, 1993 (en adelante J.M. NIETO, *Ceremonias...*); «Propaganda política y poder real en la Castilla Trastámara», *Anuario de Estudios Medievales*, vol. 25, núm. 2 (1995), pp. 489-516; «Ideología y representación del poder regio en la Castilla de fines del s. xv», *Estudios de Historia de España*, vol. 8 (2006), pp. 133-162; «La imagen y los instrumentos ideológicos de exaltación del poder regio», en L. RIBOT, J. VALDEÓN y E. MAZA (coords), *Isabel la Católica y su época. Actas del Congreso Internacional* (en lo sucesivo RIBOT, VALDEÓN y MAZA, *Isabel la Católica*), vol. 1. Valladolid, Instituto Universitario de Historia de Simancas, 2007, pp. 171-190 o el más reciente, publicado en el núm. 17 de estos mismos Cuadernos, «Ceremonia y pompa para una monarquía», *Cuadernos del Cemyr*, vol. 17 (2009), pp. 51-72 (en adelante «Ceremonia y pompa ...») Fue el coordinador del libro *Orígenes de la Monarquía Hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)*. Madrid, Editorial Dykinson, 1999, que constituye igualmente una obra de obligada referencia. Existen trabajos interesantes para otros lugares, como el de C. CANNADINE y S. PRICE, *Rituals of Royalty. Power and Ceremonial in Traditional Societies*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987 para el caso inglés.

<sup>2</sup> J.M. NIETO, «Del rey oculto al rey exhibido: un síntoma de las transformaciones políticas en la Castilla bajomedieval», *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, vol. 2 (1992), pp. 6-27.



un papel importantísimo (...) no puede ser un monólogo. Precisa del apoyo y de la respuesta del resto de poderes a los que se orienta: las ciudades, la nobleza, la Iglesia»<sup>3</sup>.

Conviene recordar que el abanico de manifestaciones a través de las cuales se hace presente la propaganda regia se amplía si tenemos en cuenta la dificultad para advertir claramente la barrera que separaba la vida pública de la vida privada de la realeza bajomedieval. Este hecho tiene como consecuencia no sólo la aparición de nuevos escenarios sino también de nuevos actores. Los monarcas, junto a las ciudades, la nobleza y la Iglesia ya no serán entonces los únicos protagonistas de estos acontecimientos. A ellos se sumarán también los servidores que asisten cotidianamente a los soberanos en el ámbito doméstico en el que desarrollan sus actividades porque, lejos de la intrascendencia que parece inherente a cualquier acto de la cotidianidad, la de la familia real y la de su séquito no dejaba ningún resquicio a la improvisación<sup>4</sup>. En cualquiera de los escenarios en los que la realeza se mostraba, al fin, multitud de objetos y símbolos contribuían con rigurosa premeditación a garantizar lo que, al mismo tiempo, era su derecho y su obligación: *resplandecer sobre todos los otros estados*<sup>5</sup>.

## 1. OBJETIVOS Y FUENTES PARA SU ESTUDIO

Me propongo transitar por los escenarios donde tienen lugar esas ceremonias, públicas o privadas, con el objeto de reconocer cómo se desenvuelven algunos de los elementos materiales que los configuran y los disponen —y predisponen— para asumir la tarea que los convierte en lugares adecuados donde exhibir la propaganda política y la grandeza del poder real. Se trata de otra manera de acercarse a su estudio, vinculada al terreno de las «formas simbólicas materiales», que incluyen las manifestaciones artísticas, la heráldica, las insignias y «la parafernalia de objetos de todo tipo puestos al servicio de la propaganda regia»<sup>6</sup>. Obviamente son muchos los elementos que podrían tenerse en cuenta e innumerables las páginas que podrían escribirse —y que se han escrito— al respecto<sup>7</sup>, pero

---

<sup>3</sup> A.I. CARRASCO MANCHADO, «Discurso político y propaganda en la corte de los Reyes Católicos: resultados de una primera investigación (1474-1482)», *En la España Medieval*, vol. 25 (2002), p. 308 (en adelante A.I. CARRASCO, «Discurso político ...»).

<sup>4</sup> Analicé estas cuestiones en el libro *La Casa de Isabel la Católica. Espacios domésticos y vida cotidiana*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 2005 (en lo sucesivo M. GONZÁLEZ, *La Casa de Isabel la Católica ...*) y en «Imágenes privadas de la vida de Isabel la Católica. Contribución de los funcionarios domésticos al enaltecimiento de la figura real», en RIBOT, VALDEÓN, Y MAZA (coords.), *Isabel la Católica*, vol. 1, pp. 463-479.

<sup>5</sup> Tal consejo daba a Isabel la Católica Fernando del Pulgar (F. DEL PULGAR, *Claros varones de Castilla*. Madrid, ed. de Jesús Domínguez Bordona, 1969, p. 152).

<sup>6</sup> A.I. CARRASCO, «Discurso político ...», p. 343.

<sup>7</sup> Una clasificación de los símbolos que participan en las ceremonias de la realeza, tales como la corona, el cetro real, la espada, el trono, los escudos y armas reales, etc. puede verse en J.M. NIETO, *Ceremonias...*, Apéndice 2.



en esta ocasión me ocuparé sólo de su indumentaria cuyo papel, por razones evidentes, permite ser observado tanto en el ámbito doméstico como en las ceremonias públicas<sup>8</sup>.

Del mismo modo que en la elección de las insignias y emblemas reales, en la de las prendas del vestuario participaban las mismas claves y objetivos de los que se nutría la propaganda regia. Convertida en una pieza indispensable de este lenguaje del poder, la indumentaria traspasaba la frontera de lo material para adentrarse en el espacio de los símbolos y, a partir de ahí, jugar un papel relevante como instrumento para la afirmación, en unos casos, para la imitación en otros y en todos los casos para hacer evidente la magnificencia real<sup>9</sup>. Porque los vestidos, pero también el mobiliario o el ajuar doméstico desempeñaron, además de sus evidentes funciones prácticas, un papel activo dentro de ese código que permite la identificación de cada grupo –del tipo que sea– y a cada individuo distinguirse específicamente dentro de ese grupo, de tal manera que con su análisis nos acercamos también a la configuración de la identidad, tanto del individuo como del grupo, diseñada mediante la oposición al «otro» o a «los otros»<sup>10</sup>.

---

<sup>8</sup> La indumentaria de los monarcas castellanos bajomedievales ha sido tratada en diversos trabajos, de manera monográfica o como parte de estudios más amplios. A modo de ejemplo véase el trabajo de M.A. LADERO QUESADA, «1462: Un año en la vida de Enrique IV, rey de Castilla», *En la España Medieval*, vol. 14 (1991), pp. 237-274 (en lo sucesivo M.A. LADERO, «1462 ...») M. MARTÍNEZ MARTÍNEZ, «La imagen del rey a través de la indumentaria: el ejemplo de Juan I de Castilla», *Bulletin Hispanique*, vol. 96, núm. 2 (1994), pp. 277-287 (en adelante M. MARTÍNEZ, «La imagen del rey a través de la indumentaria ...»), D. PELAZ FLORES, «Lujo, refinamiento y poder en la Cámara de María de Aragón (1420-1445)», en C. VILLANUEVA, D. REINALDOS, J. MAÍZ e I. CALDERÓN (eds.), *Estudios recientes de Jóvenes Medievalistas. Lorca 2012*, Murcia, Sociedad Española de Estudios Medievales, Editum, Universidad de Murcia, 2013, pp. 111-125 y las páginas que yo misma dediqué al guardarropa real y cortesano de Isabel la Católica en *La Casa de Isabel la Católica ...*, pp. 264-313. Para el caso aragonés quisiera destacar el estudio de J.V. GARCÍA MARSILLA, «Vestir el poder. Indumentaria e imagen en las cortes de Alfonso El Magnánimo y María de Castilla», *Res publica*, vol. 18 (2007), pp. 353-373.

<sup>9</sup> Remito a las interesantes reflexiones de A. I. Carrasco, «Símbolos y ritos: el conflicto como representación», en J. M. Nieto (dir.), *La monarquía como conflicto en la Corona castellano-leonesa (c. 1230-1504)*. Madrid, Sílex, 2006, pp. 489-546 y a la exhaustiva bibliografía que la autora recoge al respecto. Para el caso aragonés hay también algunos trabajos de obligada lectura como el de J. V. García Marsilla, «Le immagini del potere e il potere delle immagini. I mezzoni iconici al servizio della monarchia aragonese nel basso medioevo», *Rivista Storica Italiana*, vol. 92, 2 (2000), pp. 569-602. Desde el punto de vista de la historia del Arte no puedo dejar de mencionar el trabajo de R. DOMÍNGUEZ CASAS, *Arte y etiqueta de los Reyes Católicos. Artistas, residencias, jardines y bosques*. Madrid, Editorial Alpuerto, 1993 para el caso castellano (en adelante R. DOMÍNGUEZ, *Arte y etiqueta ...*) y para el caso aragonés el de F. ESPAÑOL BELTRÁN, *Els escenaris del rei. Art i monarquia a la Corona d'Aragó*, Tarrasa, Angle Editorial, 2001.

<sup>10</sup> Algunas reflexiones sobre esta cuestión en A.I. CARRASCO MANCHADO, «Desplazamientos e intentos de estabilización: la corte de los Trastámara», *e-Spania* [en línea], vol. 8 (diciembre 2009), consultado el 25/enero/2014: URL: <http://e-spania.revues.org/18876> ; DOI : 10.4000/e-spania.18876. También M. Martínez ha señalado, en el caso concreto de la indumentaria y al referirse a la moda que ese deseo de diferenciarse del resto está en el origen mismo de la aparición de la moda, convertida entonces en un instrumento estético y suntuario al servicio del poder, un instrumento, según sus palabras «diferenciador, transgresor y rupturista» (M. MARTÍNEZ MARTÍNEZ, «La creación de una moda propia en la España de los Reyes Católicos», *Aragón en la Edad Media*, vol. 19 (2006), p. 345, en adelante M. MARTÍNEZ, «La creación de una moda ...»).



Esta última cuestión adquiere especial relevancia cuando situamos nuestro laboratorio de análisis en el escenario histórico que ocupa una sociedad de frontera, como la que representaban en este caso los reyes y reinas de la dinastía Trastámara en los últimos años de la Edad Media peninsular<sup>11</sup>. Por tal razón, en esta tarea de «producción de imágenes» tan característica de este lenguaje de poder, como nos recordaba Georges Balandier<sup>12</sup>, una parte importante estará protagonizada por el legado islámico, una herencia compartida con los demás reinos de la Península Ibérica. Dicho legado puede rastrearse, por ejemplo, en la arquitectura de sus alcázares y palacios, en la indumentaria por supuesto pero también en la adopción por parte de los monarcas bajomedievales de algunas costumbres arabeislámicas, como aquella de recibir a las embajadas sentados sobre alfombras en el suelo, que tanta extrañeza causó a muchos de los viajeros que visitaron la corte castellana a fines de la Edad Media. En este sentido resultan muy sugerentes ciertas hipótesis planteadas por algunos autores sobre la intervención de los monarcas en el mantenimiento de trazados urbanos propios del mundo arabeislámico y de ciertos edificios emblemáticos, que tal vez puedan plantearse para la indumentaria. Me refiero al papel simbólico que determinadas muestras de la arquitectura islámica, como la mezquita de Córdoba, la Giralda de Sevilla o la Alhambra de Granada pudieron tener como «trofeos de guerra», tal y como sugiere Víctor Nieto<sup>13</sup>, o el simple gusto por unos modelos con los que se sentían familiarizados y no les provocaban ningún tipo de rechazo, como pudo suceder con los Reyes Católicos al destinar como palacio real el edificio granadino, teoría que planteó ya hace muchos años Leopoldo Torres<sup>14</sup>. En cualquier caso, es evidente que los monarcas castellanos imitaron el lenguaje áulico de esos referentes arquitectónicos como forma de reafirmación de su poder<sup>15</sup>.

En el caso de los vestidos, el uso de atuendos moriscos podría responder entonces a varias razones, una militar, que se manifiesta en las representaciones de escaramuzas y simuladas luchas entre moros y cristianos; otra suntuaria, que es

---

<sup>11</sup> Una visión del eco del legado islámico en diversos campos de lo cotidiano, la literatura popular, el vestido, las fiestas y la construcción de la identidad en los inicios de la etapa moderna española puede leerse en B. FUCHS, *Exotic Nation: Maurophilia and the Construction of Early Modern Spain*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2008.

<sup>12</sup> G. BALANDIER, *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1994, p. 18.

<sup>13</sup> V. NIETO ALCAIDE, «El mito de la arquitectura árabe. Lo imaginario y el sueño de la ciudad clásica», *Fragmentos revista de arte*, vols. 8 y 9 (1986), pp. 132-155.

<sup>14</sup> L. TORRES BALBÁS, «El ambiente mudéjar en torno a la Reina Católica y el arte hispano musulmán en España y Berbería durante su reinado», en *Curso de conferencias sobre la política africana de los Reyes Católicos*, t. II. Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1951, pp. 81-125.

<sup>15</sup> Aunque para el caso de los monarcas aragoneses, A. Serra ha señalado que pudieron darse varios grados de asimilación de todas estas tradiciones islámicas, al menos desde el punto de vista de la arquitectura, dependiendo de la predilección por ellas de cada monarca, del estado de las relaciones con los musulmanes de la Península y del norte de África y del peso de la población musulmana en cada ciudad (A. SERRA DÉSFILIS, «La imagen construida del poder real en la Corona de Aragón (siglos XIII-XV): Casas, ceremonial y magnificencia», *Res publica*, vol. 18 (2007), pp. 42-43 (en adelante A. SERRA, «La imagen construida ...»)).



obvia y, por último, la relacionada sencillamente con la costumbre<sup>16</sup>. En definitiva «continuidad, distancia, conocimiento e incluso ruptura intencionada» podrían ser las distintas opciones que barajaron los monarcas ante las muestras de la tradición arabeislámica, también en lo que hace a la indumentaria<sup>17</sup>.

No cabe duda de que, para poder abordar esta cuestión, constituyen testimonios de innegable relevancia aquellos ofrecidos por los viajeros extranjeros que visitaron Castilla por esos años, entre otras razones porque la lejanía de sus lugares de origen les permitía reconocer con claridad aquellas costumbres que no les devolvían estampas familiares. Sirvan de ejemplo las noticias que nos brinda el autor del relato del encuentro de León de Rosmihal con Enrique IV y tomemos nota de su sentimiento de extrañeza porque los Reyes hubieran recibido en audiencia a su Señor «sentados juntos en tierra». No reparó sólo en esta costumbre. Otras aficiones moriscas del rey castellano llamaron igualmente su atención, llegando a escribir que Enrique IV era «enemigo de los cristianos»<sup>18</sup>. Este gusto por lo morisco era compartido por los miembros de la nobleza, como es indudable en el caso del condestable Miguel Lucas de Iranzo, pero son muchos los ejemplos que pueden ofrecerse. Cuenta el relato del viaje de Jerónimo Münzer, por ejemplo, que en la recepción ofrecida en su honor por el conde de Tendilla y alcaide de Granada, Íñigo López «... recibíónos con muchas muestras de amor y amistad. Hablóme en latín porque es muy docto, y, entendiéndole perfectamente, le contesté en la misma lengua. Nos hizo sentar sobre telas de seda, mandó traer un refresco...»<sup>19</sup>.

En definitiva, sus relatos son las fuentes documentales más ricas para poder abordar este objeto de análisis. Y ello por diversas razones. Por un lado, porque en sus narraciones es posible advertir sentimientos de admiración o de desprecio y, por tanto, el mayor o menor grado de identificación con los rasgos genuinos que marcan su propia individualidad o la del grupo en el que se reconocen. En segundo lugar, porque los datos que aportan, ciertamente abundantes, permiten la elaboración de retratos bastante aproximados tanto de la indumentaria ajena como de la suya propia. Aunque la subjetividad de sus apreciaciones puede y debe contrastarse con el exhaustivo análisis de las cuentas y de los inventarios reales, en ocasiones, como ha señalado Miguel Ángel Ladero, esta tipología documental no hace sino ratificar la precisión de su capacidad de observación, tantas veces cuestionada<sup>20</sup>.

---

<sup>16</sup> J. CAÑAVATE TORIBIO, «El enemigo: usos y actitudes de lo cristiano frente a lo moro», *Arqueología y territorio medieval*, vol. 7 (2000), p. 162 y ss.

<sup>17</sup> Palabras tomadas del trabajo de A. Serra, A. SERRA, «La imagen construida ...», p. 43. En su primer viaje a España Felipe el Hermoso y Juana pudieron contemplar el claustro de la iglesia de Sigüenza «todo cubierto de tapices, de vestidos de infieles que allí habían sido quemados» (J. GARCÍA DE MERCADAL, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, I. Salamanca, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1999, p. 456 (en adelante J. GARCÍA, *Viajes de extranjeros ...*).

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 278.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 330.

<sup>20</sup> M.A. LADERO, «1462 ...», pp. 240-241. Las fuentes documentales manejadas proceden del Archivo General de Simancas (AGS) y de sus secciones *Contaduría Mayor de Cuentas*, 1.<sup>a</sup> época y de la intituladas *Casa real.- Obras y Bosques* (C y SR) y *Patronato Real* (PR). Una parte ha sido consultada



A los minuciosos relatos de estas embajadas se suman las parcas pero en ocasiones reveladoras noticias que nos proporcionan algunos cronistas<sup>21</sup>. El interés que unos y otros mostraban por la indumentaria no hace sino corroborar la trascendencia del vestido como símbolo y distintivo de colectivos específicos y, dentro de éstos, de las categorías de individuos que los forman. Junto a la diversidad de los vestidos, otras características como el color, las telas y los adornos proporcionaban una amplia escala de soluciones socialmente diferenciadoras<sup>22</sup>. La indumentaria se había convertido en un símbolo y los monarcas la usaron hábilmente para manifestar la superioridad real. El vestido, como parte de ese código de identificación, contribuía de este modo a la representación de uno mismo y a la de los otros, y la relación dialéctica que se establece entre ambas, permitía expresar la certeza de lo que se es y de lo que no se es.

## 2. INDUMENTARIA Y MODA<sup>23</sup>

Para muchos autores especializados en la historia de la indumentaria, el concepto de moda surgió en el siglo XIV, cuando los hombres y las mujeres de las ciudades cayeron en la tentación de renovar asiduamente su vestuario, sustituyendo los viejos

---

a través de la edición que de ellas han hecho diversos autores, como A. DE LA TORRE y E. ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza, tesorero de Isabel la Católica (1477-1491)*, I, Madrid, CSIC, 1955 (en adelante TORRE Y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, I) y *Cuentas de Gonzalo de Baeza, tesorero de Isabel la Católica (1492-1504)*, II, Madrid, CSIC, 1956 (TORRE Y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, II); A. DE LA TORRE, *Testamentaria de Isabel la Católica*. Valladolid, Instituto Isabel la Católica de Historia Eclesiástica, 1968 (en lo sucesivo A. DE LA TORRE, *Testamentaria ...*, 1968). De este trabajo de edición he utilizado los dos que existen A. DE LA TORRE y E. ALSINA, *Testamentaria de Isabel la Católica*. Barcelona, Vda. de Fidel Rodríguez, 1974 (en adelante, TORRE Y ALSINA, *Testamentaria ...*, 1974).

<sup>21</sup> Resulta muy interesante la reflexión de A.I. CARRASCO sobre las noticias que las crónicas, en especial las del reinado de Isabel la Católica, en la que afirma que las noticias que aportan sobre las ceremonias reales son desiguales, en general muy poco elocuentes, aunque depende también del interés particular por ellas de cada cronista. Véase completa en su artículo «Isabel la Católica y las ceremonias de la monarquía», *e-Spania*, vol. 1 (junio 2006), consultado el 6/8/2013): <http://e-spania.revues.org/308>; DOI: 10.4000/e-spania.308.

<sup>22</sup> Recomiendo, en lo que hace a la elección de los colores, la lectura de los trabajos de J.D. GONZÁLEZ ARCE, «El color como atributo simbólico del poder político (Castilla en la Baja Edad Media)», en *III Coloquios de Iconografía, Cuadernos de Arte e Iconografía*, VI/11, Madrid, Fundación Universitaria Española: Seminario de arte Marqués de Lozoya, 1993, pp. 103-108, y «Los colores de la corte del príncipe Juan (1478-1497), heredero de los Reyes Católicos. Aspectos políticos, estéticos y económicos», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, vol. 26 (2013), pp. 185-208 (en adelante J.D. GONZÁLEZ, «Los colores de la corte del príncipe Juan ...»).

<sup>23</sup> Para esta época siguen siendo de obligada consulta los trabajos de C. BERNIS, entre otros, *Indumentaria medieval española*, Madrid, CSIC, 1956; *Trajes y modas en la España de los Reyes Católicos, I. Las mujeres*, Madrid, CSIC, 1978 (en adelante *Trajes y modas ... Las mujeres*) y *Trajes y modas en la España de los Reyes Católicos, II. Los hombres*, Madrid, CSIC, 1979 (*Trajes y modas ... Los hombres*) y los más recientes de M. MARTÍNEZ MARTÍNEZ, «Indumentaria y sociedad medievales (ss. XII-XV)», en *La España Medieval*, vol. 26 (2003), pp. 35-59 y el ya citado «La creación de una moda...».



diseños por otros nuevos<sup>24</sup>. A partir de ese momento las modas borgoñona e italiana se convirtieron en las más aplaudidas en el territorio peninsular, aunque de manera desigual según los lugares y las épocas. En Castilla triunfó sobre todo el gusto borgoñón, mientras que Aragón sintió mayor predilección por las tendencias que provenían de Italia. Los hombres castellanos, más propensos a adoptar todo tipo de modas y estilos que las mujeres, siempre fieles a las propuestas tradicionales, se mostraron encantados con las modas importadas del ducado de Borgoña, conocidas generalmente como modas francesas, eligiendo trajes plegados y mangas fruncidas que marcaban una cintura estrecha y unos hombros muy anchos<sup>25</sup>. En cuanto al calzado, fue la época de los zapatos exageradamente puntiagudos. Precisamente Roger Machado, miembro de la embajada inglesa que visitó la corte de los Reyes Católicos en 1489 para negociar el matrimonio de Arturo, príncipe de Gales, y la infanta Catalina, describe al príncipe Juan calzado con unos «zapatos de punta afilada a la moda antigua»<sup>26</sup>.

A pesar del hecho de que las mujeres se mostraran más tradicionales en sus gustos, en la época de Isabel la Católica, e incluso antes, su vestuario se enriqueció con aportaciones originales como los verdugos<sup>27</sup>, los trenzados<sup>28</sup> y los chapines<sup>29</sup>, para preocupación de Hernando de Talavera, quien criticaba los excesos de las mujeres «en la manera de su traher, tocar, vestir, y calçar, y en todo el atauio de sus personas»<sup>30</sup>. En cualquier caso, nunca sacaron de sus guardarropas los vestidos plegados de influencia borgoñona, a pesar de que en otros lugares de Europa ya habían sido abandonados y sustituidos por otros modelos.

<sup>24</sup> M. VON BOEHN, *La moda: Historia del traje en Europa desde los orígenes del Cristianismo hasta nuestros días*, I, Barcelona, Salvat Editores, 1928, pp. 228-232 (en adelante M. VON BOEHN, *La moda...*).

<sup>25</sup> S. JOLIVET-JACQUET «Pour soi vêtir à la cour de monseigneur le duc de Bourgogne: costume et dispositif vestimentaire à la cour de Philippe le Bon, de 1430 à 1455», *Bulletin du centre d'études médiévales d'Auxerre | BUCEMA*, vol. 8 (2004), consultado el 28/1/2014: <http://cem.revues.org/984>; DOI: 10.4000/cem.984.

<sup>26</sup> He utilizado la transcripción y traducción de la embajada inglesa de 1489 publicada por J.M. BELLO LEÓN y B. HERNÁNDEZ PÉREZ, «Una embajada a la Corte de los Reyes Católicos y su descripción en el diario de Roger Machado», *En la España Medieval*, vol. 26 (2003), p. 194, en adelante J.M. BELLO y B. HERNÁNDEZ, «Una embajada a la Corte de los Reyes Católicos...».

<sup>27</sup> Al principio se trataba de unos aros rígidos que se cosían a las faldas del brial pero con el tiempo pasaron a fabricarse de tela, que se forraban de un tejido o color distinto del cuerpo de la falda. Estuvieron de moda en la segunda mitad del s. xv (C. BERNIS, *Trajes y modas... Las mujeres*, pp. 38-42).

<sup>28</sup> En boga durante todo el s. xv y hasta comienzos del s. xvi, se trata de un tocado realizado con una larga cola de tela en la que se introducía el cabello recogido en una trenza (*ibidem*, pp. 42-44).

<sup>29</sup> Era un calzado compuesto por suelas de corcho que luego se forraban con tejidos ricos. Aunque se ha hablado de un posible origen veneciano, parece fuera de toda duda que se trata de un modelo típicamente español (*ibidem*, pp. 45-47) Puede verse también R.M. ANDERSON, «El chapín y otros zapatos afines», *Cuadernos de La Alhambra*, vol. v (1969), pp. 17-41.

<sup>30</sup> H. DE TALAVERA, *De vestir y de calzar; Tractado provechoso que demuestra cómo en el vestir é calzar comúnmente se cometen muchos pecados y aun también en el comer y el beber, hecho y compilado por el licenciado Fray Hernando de Talavera*. He manejado la edición del texto que publicó T. DE CASTRO, «El Tratado sobre el vestir, calzar y comer del Arzobispo Hernando de Talavera», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, 14 (2001), p. 48.

A todo ello hay que añadir, como he apuntado más arriba, la generalización de la influencia del traje árabeislámico, que se dejó sentir de manera muy acusada en las prendas de la indumentaria y en el uso de los bordados y adornos típicamente moriscos<sup>31</sup>. Hasta tal punto era así que Alonso de Palencia escribió en su Crónica, sin esconder el reproche, que a Enrique IV «era más grato el que mejor los imitaba»<sup>32</sup>. Aunque esta afición se generalizó en el siglo XV, en la centuria anterior algunos monarcas, como Juan I, ya habían mostrado su apego a esta moda, al menos en lo que hace al uso de las sedas<sup>33</sup>. La influencia, no obstante, fue recíproca y la indumentaria arabeislámica también se enriqueció con préstamos del traje cristiano<sup>34</sup>. Este gusto por lo foráneo ha llevado a algunos autores a afirmar que la moda española careció de originalidad, mostrando una marcada predisposición a asumir las tendencias extranjeras adaptándolas a la idiosincrasia peninsular, quedando relegados los modelos propios a los sectores menos favorecidos de la sociedad<sup>35</sup>. Curiosamente, el estilo castellano o aragonés en cuanto al gusto por las sedas, los tocados a modo de turbantes y las capas de influencia morisca llegó a entusiasmar a otras cortes en el extranjero, como la de Milán o la de Anjou, en las que se hablaba propiamente de una «mode espagnole»<sup>36</sup>. Y bien distinta y peculiar debió ser esta moda española cuando el propio Felipe el Hermoso vistió en más de una ocasión «a la española» para ir «de incógnito» y pasar desapercibido, como lo hizo para asistir a las ferias de Medina del Campo en su primer viaje a Castilla<sup>37</sup>.

---

<sup>31</sup> Los trabajos de la Dra. SERRANO NIZA acerca de la presencia de arabismos de indumentaria en el léxico castellano medieval constituyen una fuente de inestimable ayuda para conocer, en profundidad, muchas de las prendas designadas con ellos. Recomiendo la lectura de sus trabajos, en especial «El léxico castellano medieval se viste con palabras árabes. Algunos arabismos de indumentaria», en J. AGUADÉ, L. ABU-SHAMS y A. VICENTE (coords.), *Sacrum Arabo-Semiticum. Homenaje al profesor Federico Corriente en su 65 aniversario*, Zaragoza, Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, 2005, pp. 439-452 y «En torno al itinerario de ciertas prendas de vestir. Algunos arabismos sobre indumentaria», *Fortunatae*, vol. 16 (2005), pp. 289-300.

<sup>32</sup> *Crónica de Enrique IV escrita en latín por Alonso de Palencia*, t. I, Colección de Escritores Castellanos, trad. castellana por A. Paz y Meliá, Madrid, 1904-1908, p. 210 (en lo sucesivo A. DE PALENCIA, *Crónica de Enrique IV...*)

<sup>33</sup> Precisamente para su entronización se compraron en Granada tejidos y prendas musulmanas (M. MARTÍNEZ, «La imagen del rey a través de la indumentaria...», p. 286). Véase también de la misma autora «Los gastos suntuarios de la monarquía castellana: aproximación a los aspectos técnicos y económicos a través del ejemplo de Juan I», en *La Manufactura urbana i els menestrals (ss. XII-XVI)*. IX Jornades d'Estudis Històrics Locals, Palma de Mallorca, 1991, pp. 115-140.

<sup>34</sup> Fue sobre todo en el siglo XV y hasta la caída de Granada (R. ARIÉ, «Quelques remarques sur la costume des musulmans d'Espagne au temps des nasrides», *Arabica* (1965), pp. 244-261; «Acerca del traje musulmán en España desde la caída de Granada hasta la expulsión de los moriscos», *Revista del Instituto de Estudios Islámicos*, vol. XIII (1965-1966), pp. 103-117.

<sup>35</sup> M. VON BOEHN, *La moda...*, I, p. VIII (prólogo del marqués de Lozoya) y N. SENTENACH, «Trajes civiles y militares en los días de los Reyes Católicos», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, vol. 131 (1904), p. 143.

<sup>36</sup> F. PIPONNIER, *Costume et vie sociale. La Cour d'Anjou, XIV-XV siècle*, París-La Haya, Mouton, 1970 y F. PIPONNIER y P. MANE, *Se vestir au Moyen Âge*, París, Biro, 1995.

<sup>37</sup> Dice el relato de Antonio Lalaing, que acompañó a los príncipes en su primer viaje a Castilla: «El martes, 15 de marzo, se alojó cuando hubo hecho cuatro leguas, en Medina del Campo.



Aunque en ocasiones sus noticias no permitan resolver ni esclarecer las diferencias, ninguna visión más elocuente, como ya se ha dicho al principio de estas páginas, que la de los extranjeros que visitaron, por unos motivos u otros, la corte de los monarcas castellanos en el ocaso de la Edad Media. En primera instancia, de la lectura de estos textos puede afirmarse que sus autores saben reconocer con claridad las modas de los distintos lugares que visitan en sus numerosos desplazamientos<sup>38</sup>. Especialmente ricas en este sentido son las noticias que nos ofrece Antonio de Lalaing en su narración de los viajes que realizó Felipe el Hermoso a España junto a su esposa Juana. Desde que comienzan su recorrido, partiendo de Bruselas y pasando por París y otros territorios franceses, los describe unas veces vestidos «a la moda de España»<sup>39</sup>, otras «a la castellana»<sup>40</sup>, en muchas ocasiones «a la moda del país»<sup>41</sup> y también «a la morisca, muy lujosamente»<sup>42</sup>.

---

Allí se celebraba entonces la feria de los mercaderes, tenuta por una de las fiestas mejores de Castilla, y los de la villa le hicieron gran acogida. Monseñor, de incógnito, vestido a la española, adornado con una peluca, recorrió toda la feria» (J. GARCÍA, *Viajes de extranjeros...*, pp. 424-425).

<sup>38</sup> También es cierto, como ha señalado M. von Boehn, que «en lo esencial la moda era en todas partes idéntica, pero mientras a nosotros los rasgos comunes nos llaman más fácilmente la atención, las pequeñas diferencias de detalle no pasaban desapercibidas para los elegantes de aquella época». Un ejemplo claro es el del jubón, prenda ceñida al cuerpo que los hombres vestían sobre la camisa pero que en Alemania usaban con la falda más corta, mientras que en Italia era algo más larga (M. VON BOEHN, *La moda...*, II, pp. 158-159).

<sup>39</sup> Antonio de Lalaing cuenta que uno de los días que permanecieron en la corte del rey de Francia los archiduques Felipe y Juana, la archiduquesa y seis de sus damas escucharon la misa mayor cantada «vestidas muy ricamente a la moda de España». Ese mismo día, durante la cena, la reina de Francia «iba vestida de seda brochada violeta, con pieles de marta, y la archiduquesa y cinco o seis de sus damas reales iban vestidas de paño de oro, a la manera de España; y la archiduquesa, adornada con buenas sortijas. Terminada la cena, seis gentileshombres de monseñor, vestidos muy ricamente, a la manera de Alemania, vinieron a bailar de dicha manera. Después, monseñor de Averno y la archiduquesa bailaron a la moda española. Después de lo cual, cada uno se retiró» (J. GARCÍA, *Viajes de extranjeros...* p. 410).

<sup>40</sup> Cuando Felipe el Hermoso fue recibido como príncipe de Aragón en Zaragoza, Antonio de Lalaing escribió que lo hizo «vestido a nuestra manera, y la princesa a la castellana muy ricamente» (*ibidem*, p. 463) Más adelante, en Toledo, acudió al mercado «vestido a la castellana» para ver la corrida de toros y los juegos de cañas (*ibidem*, p. 439)

<sup>41</sup> En la entrada del archiduque Felipe en Toledo fueron a recibirle «a una legua corta de la ciudad (...) el alcalde, con los magistrados y varios burgueses vestidos con trajes rojos, a la manera del país, con jubones de seda carmesí, cada uno con la cadena de oro al cuello (...) Y a media legua vino el rey, llevando a la derecha al embajador del rey de Francia (...) Sus trompetas y tamboriles, precediéndoles, sonaban, y sus reyes de armas no faltaban, ni 5.000 a 6.000 hombres a caballo, vestidos a la moda del país» (*ibidem*, p. 427).

<sup>42</sup> En Toledo el rey Fernando, su yerno Felipe, algunos miembros de la nobleza y ciertos caballeros del rey y del archiduque fueron testigos y protagonistas de la representación de unas escaramuzas a las que Felipe y algunos otros acudieron «vestidos a la morisca, muy lujosamente. Llevaban albarnoces de terciopelo carmesí y de terciopelo azul, todos bordados a la morisca. La parte baja de sus mangas era de seda carmesí, y además de eso grandes cimitarras, y también capas rojas, y sobre sus cabezas llevaban turbantes. Llegados aquéllos al lugar, el duque de Béjar, con cerca de cuatrocientos jinetes, todos vestidos a la morisca, salieron de su emboscada, con banderas desplegadas, y vinieron a hacer la escaramuza a donde estaban el rey y archiduque, lanzando sus lanzas a la moda de Castilla. Y dijo el rey a monseñor que de esta manera hacen los moros escaramuzas contra los cristianos» (*ibidem*, pp. 433-434).



Sus noticias, además, incluyen datos que confirman la variedad de usos y modas en otras materias como el baile<sup>43</sup>, el juego de la pelota<sup>44</sup> o a la manera de justar<sup>45</sup>.

En efecto, estos extranjeros hablan con normalidad de modas italianas, borjoñas, españolas y moriscas. ¿Pero será posible con la descripción, cuando la hacen, de estas modas, establecer con claridad sus diferencias? No es tarea fácil. Sirvan de ejemplo de nuevo las palabras de A. de Lalaing cuando, al dejar constancia de su admiración por la belleza de las mujeres de Valencia, compara su indumentaria con la de los Países Bajos precisando que las damas levantinas «a la vista (...) son las más bellas y más lujosas y agradables que pueden verse, porque el paño de oro y la seda brochada y el terciopelo carmesí les son tan corrientes como el terciopelo negro y la seda en nuestro país»<sup>46</sup>. En ambos casos visten con terciopelos y sedas, aunque con un matiz diferente en la elección de los colores, de manera que el brocado de las sedas, el color carmesí y el uso del oro en los paños constituyen el contraste más señalado. Cambiando de informante, Roger Machado apunta estas características en las ocasiones en las que detalla los vestidos de los Reyes Católicos y de su familia en los encuentros que tuvieron con la embajada inglesa. Por ejemplo, el día de la primera cita «el rey lucía una exuberante ropa de hilo de oro, tejida enteramente de oro y festoneada con una rica orla de preciosa marta cebellina, y la reina estaba sentada a su lado cubierta con un rico traje de la misma ropa tejida de oro que llevaba el rey y confeccionada a la moda del país, tal y como las llevan actualmente las damas del reino»<sup>47</sup>. En esa ocasión, dice más adelante, la reina iba acompañada por un séquito «de treinta y siete grandes damas y doncellas de noble sangre, todas ricamente vestidas a la moda del país, con vestimentas de oro con otros [materiales] fabulosos que me sería largo relatar»<sup>48</sup>.

Los datos parecen convenir precisamente en que esta *moda del país*, tal y como era vista por los extranjeros, dibujaba una indumentaria de colores vivos, con preferencia por los tonos rojos y carmesíes, por el oro y los bordados suntuosos y por el uso de las sedas, rasgos que combinaban a menudo con algunas prendas típicas del traje de los musulmanes, como los turbantes<sup>49</sup>. Muy distinto era vestir a la usanza morisca llevando trajes semejantes a los que aquellos usaban, como los albornoces, quijotes o marlotas, y que los cristianos preferían ponerse cuando asistían a la celebración de los juegos de cañas<sup>50</sup>.

---

<sup>43</sup> *Vid.* nota núm. 39.

<sup>44</sup> Durante la estancia de Felipe y Juana en Burgos, el archiduque «jugó a la pelota contra el condestable y el conde de Lantell (?), con pelota grande, a la manera de España» (J. GARCÍA, *Viajes de extranjeros ...* p. 416)

<sup>45</sup> Dice Antonio de Lalaing que de camino a Toledo «bautizaron a un moro y a dos de sus hijos, de los cuales monseñor y madama fueron padrino y madrina. Por la tarde hubo justa a la manera de España. El domingo, los españoles justaron a su manera» (*ibidem*, p. 426).

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 446.

<sup>47</sup> J.M. BELLO y B. HERNÁNDEZ, «Una embajada a la Corte de los Reyes Católicos ... », p. 188.

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 189.

<sup>49</sup> Recordemos como fuera del territorio peninsular estos rasgos de la moda eran conocidos como moda española.

<sup>50</sup> El albornoz era una prenda cerrada y con capucha. La principal diferencia de esta prenda con otras con el mismo corte propias de la indumentaria cristiana estaba en la riqueza y profusión de los



Prendas moriscas para vestir en la celebración de estas diversiones o en la representación de escaramuzas, trajes de corte cristiano siguiendo los dictados de una o de otra moda europea para asistir a bodas, bautizos y para agasajar embajadas, esa es la otra cuestión que pretendemos averiguar a la luz de nuestras fuentes. Resulta complejo, sólo a través de los testimonios de viajeros y cronistas, establecer con claridad cuáles eran las principales diferencias entre las distintas modas en boga en las cortes europeas, tal y como acabamos de ver hace un momento, pero sus relatos siguen siendo una fuente insustituible para reconstruir los escenarios de las ceremonias a las que acudieron como testigos, así como para poder captar los pequeños matices de este lenguaje simbólico de las manifestaciones del poder, encarnado ahora en los vestidos reales.

Especialmente significativo es el diario de Roger Machado que acabo de citar páginas arriba. En numerosos pasajes de su diario manifiesta sentirse cautivado por la riqueza de los ropajes que lucían Isabel, Fernando, su familia y los miembros más destacados de su séquito. El 19 de marzo de 1489, día convenido para celebrar la tercera audiencia anotó que había sido «una fascinante visión la de la reina y su hija y de veintiseis damas y doncellas todas hijas de grandes nobles..., la mayoría de ellas engalanadas de tela dorada, terciopelo y seda, muy bonitas. La reina estaba toda vestida de tela de oro, llevaba un tocado de hilo dorado y un distinguido collar adornado de grandes perlas y crecidos finos diamantes en el centro»<sup>51</sup>.

Por el contrario, casi ningún cronista atribuye demasiado interés por el vestido al monarca Enrique IV, como tampoco por otras cuestiones relacionadas con su imagen pública. Su aspecto externo no fue muy alabado, aunque es posible percibir a través de sus opiniones diferentes afectos. Desde ese «lúgubre aspecto» del que nos habla Alonso de Palencia<sup>52</sup> hasta decir que «fue su vestir muy onesto, las ynyignias y çeremonias rreales muy agenas fueron de su condición», como hace Diego Enríquez del Castillo<sup>53</sup>, hay evidentes diferencias de tono. El relato de una de sus estancias en Andalucía corrobora esta idea, no sólo en lo que atañe

---

adornos. El quizote era también un vestido arabeislámico de corte similar al sayo pero confeccionado con telas delgadas como el lienzo y que solía llevar muchos bordados con las típicas labores moriscas. La marlota era un traje de encima extremadamente lujoso, de corte amplio y abierto por delante (C. BERNIS, *Trajes y modas... Los hombres, vid.* Glosario). Sobre esta última prenda y su semejanza con otros vestidos moriscos, resulta significativo lo que escribió a Isabel la Católica Pedro Mártir de Anglería tras el regreso de su embajada en Egipto cuando, al describir las características de la indumentaria en aquel país señaló que el traje de sus habitantes «se diferencia poco del que vuestros granadinos llaman algiubbas y los españoles marlotas» (*Una embajada de los Reyes Católicos a Egipto, según la «Legatio Babilónica» y el «Opus Epistolarum» de Pedro Mártir de Anglería*, ed. L. GARCÍA y GARCÍA, Valladolid, CSIC, Instituto Jerónimo Zurita, 1947, p. 94).

<sup>51</sup> J.M. BELLO y B. HERNÁNDEZ, «Una embajada a la Corte de los Reyes Católicos...», p. 191.

<sup>52</sup> A. DE PALENCIA, *Crónica de Enrique IV...*, I, p. 12.

<sup>53</sup> *Crónica de Enrique IV de Diego Enríquez del Castillo*, ed. A. SÁNCHEZ MARTÍN, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994, cap. 1.º, p. 135 (en lo sucesivo D. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, *Crónica de Enrique IV...*).



a sus vestiduras, también en la de sus cortesanos que, en este caso, lucían trajes moriscos acordes con su condición. Merece la pena reproducir el texto completo<sup>54</sup>:

Y el rey estuvo en tierra de moros en esta entrada quinze dias; en el qual tiempo no se fizo cosa alguna que digna sea de memoria, salvo talar algunos lugares. Y el rey se boluió para Alcalá la Real; y desde allí mandó que así los caualleros como las ciudades que con él abian entrado se fuesen a sus tierras, y él se fue para la ciudad de Jaén. Y desde allí el rey mandó caualgar dos mill e dozientos de cauallo, y fue a Cambil, y llevó consigo a la reyna, la qual iba en una hacanea muy guarnida, y con ella diez donzellas en la misma forma, de las quales las vnas lleuauan musequies muy febridos, y las otras guardabraços y plumas altas sobre los tocados, y las otras llebauan almexias e almayzares, a demostrar las vnas ser de la capitania de los hombres de armas, y las otras de los ginetes.

A pesar de lo que se dice de él, en alguna ocasión logró impactar a sus huéspedes extranjeros, si nos atenemos a las siguientes palabras del cronista francés Felipe de Commines, escritas tras una entrevista que Luis XI de Francia sostuvo con Enrique IV. Al comparar la indumentaria de uno y otro rey, su opinión sobre la del monarca castellano fue muy favorable en comparación con la modesta apariencia del soberano francés, para el que no escatima en censuras<sup>55</sup>:

Nuestro rey hubo de acudir a la entrevista con una chaqueta demasiado corta; tan modesta y sin adornos que daba pena mirarla. Era de bocacé barato, y ni por su color ni por su forma podía llamar grandemente la atención. En la cabeza llevaba un sombrero que no valía nada. ¡Vaya una estampa que se hubiera podido hacer con tal figura! ¡Bien se diferenciaba nuestro rey del de los castellanos! ¡Y cómo se rieron éstos de nosotros, viendo en el traje de nuestro rey el símbolo de su espíritu cicatero y roñoso!

No obstante, ese deseo de brillar ante las embajadas de otros reinos no impidió que los monarcas vistieran de manera comedida y sin excesos, si las circunstancias así lo requerían. Isabel y Fernando no lo dudaron el día que recibieron a la delegación en la que venía Jerónimo Münzer, a falta de una jornada para que finalizara el duelo por el Cardenal de España. El relato dice que «el 24 de enero nos avisaron de que habríamos de ser recibidos en la cámara real. Entraron los reyes en ella para tener audiencia pública. Venían el rey a la derecha; la reina en medio de él y el príncipe: los tres vestían trajes negros de luto y su continente era grave y majestuoso»<sup>56</sup>.

---

<sup>54</sup> *Memorial de diversas hazañas. Crónica de Enrique IV ordenada por Mosén Diego de Valera*, ed. J. de Mata Carriazo, Colección de Crónicas Españolas, IV, Madrid, 1941, cap. XIII (1457), p. 45. Como curiosidad, recojo aquí una referencia que figura en el inventario que Gaspar de Grizio hizo sobre los tesoros que se guardaban en el Alcázar de Segovia que habla de «vn lienço viejo en que estaua pintado la entrada de la vega de granada quando entro el rey don enrique» (AGS, PR, leg. 30-6, fol. xxxv).

<sup>55</sup> *Apud. M. VON BOEHN, La moda...*, p. 266.

<sup>56</sup> J. GARCÍA, *Viajes de extranjeros...*, p. 378.



### 3. INDUMENTARIA Y CEREMONIAS REALES: ¿UN VESTIDO PARA CADA OCASIÓN?

Los relatos mencionados hace un instante son sólo una pequeña muestra del interés que despertaba la indumentaria de la realeza y de sus cortesanos, al tiempo que abundan en la importancia de su papel como pieza clave de ese lenguaje de poder que persigue hacer evidente la majestad de su rango. Ese lenguaje, en lo que tiene de tenaz y eficaz instrumento de valor propagandístico, requiere de diferentes elementos para la consecución de los múltiples efectos buscados. Por eso cabe preguntarse por la reiterada elección de vestidos que copian la indumentaria arabeislámica y la abundancia de prendas cuya ornamentación es de clara tradición y, en ocasiones, de factura morisca. Es cierto que el lujo de las prendas de los musulmanes había encandilado a los monarcas castellanos, pero tal vez la razón de que las escojan para determinadas ocasiones es más compleja que el simple gusto por la ostentación y la suntuosidad que las caracterizaba.

José Manuel Nieto Soria ha tipificado las ceremonias de la dinastía Trastámara distinguiendo, en función de su significado político, diez manifestaciones diferentes<sup>57</sup>. Para esta ocasión prescindiré de las ceremonias de acceso al poder, las de cooperación, las de justicia, las de victoria, las de reconciliación y las de promoción, y me detendré en las de tránsito vital, en las litúrgicas y en las de recepción.

Todas ellas, con la salvedad por razones obvias de los funerales, daban lugar a la convocatoria de una serie de festejos paralelos, de naturaleza caballeresca unos, como las justas, los torneos o los juegos de cañas, y de carácter más popular otras, como las corridas de toros. En cualquiera de ellos los reyes debían distinguirse estéticamente mediante la suntuosidad de su atuendo. Cuando estas celebraciones lo requerían, otros objetos, como la vajilla o la tapicería, asumían también el papel de refrendadores de status<sup>58</sup>.

---

<sup>57</sup> A los ocho tipos que diferenció en su primer trabajo sobre el tema (J.M. NIETO, *Ceremonias...*) añadió posteriormente dos más: las ceremonias de reconciliación y las de promoción (J.M. NIETO «Ceremonia y pompa...», pp. 60-64). Me ha resultado de interés el trabajo de D. Pelaz sobre el papel de la reina consorte en diferentes ceremonias y acontecimientos reales (D. PELAZ FLORES, «La imagen de la reina consorte como muestra de poder en el reino de Castilla durante el siglo xv. Construcción y significado», *Medievalismo*, vol. 23 (2013), pp. 265-290).

<sup>58</sup> Son muchos los ejemplos que se pueden ofrecer acerca del papel de la vajilla o del mobiliario, de las normas de precedencia y de las normas de etiqueta en la mesa. Por seguir con Roger Machado, recordemos una de las citas de los Reyes Católicos con los embajadores en la que «se puso la mesa ante ellos (los reyes). Trajeron agua para las manos del rey. Y cuanto el agua se trajo al príncipe se levantó de la mesa y fue a mantener la toalla para el rey su padre y la reina su madre. Y después volvió a sentarse a su lugar, cerca de su padre, a su derecha, un poco más abajo hacia el final de la mesa, y se le acercó el agua, y de forma similar a su hermana la Infanta. Y después de que ella se lavara (las manos) los embajadores, que se sentaban cerca de la Infanta en la esquina de la mesa tuvieron que lavarse (las manos). Y se les sirvieron muchos y variados platos en gran cantidad. Y fue una bella escena ver el jarrón de plata que se colocó sobre la mesa y (que era) de gran valor...» (J.M. BELLO y B. HERNÁNDEZ, «Una embajada a la Corte de los Reyes Católicos...», p. 193).



El nacimiento de un futuro monarca y su bautizo no suelen entretener demasiado la pluma de los cronistas. Sin demasiados pormenores, se limitan a mencionar el hecho obviando las alusiones a los posibles actos ceremoniales que se sucedían tras estos eventos. Es posible advertir, las escasas ocasiones en las que se cuenta con el relato de estos acontecimientos, que estuvieron cargados de significación política, como sucedió en los natalicios y bautizos de los dos últimos herederos varones, Enrique IV y el príncipe Juan, utilizados como actos de legitimación o de exaltación de un linaje, en cada caso<sup>59</sup>.

Recordemos el pasaje del bautizo del hijo de los Reyes Católicos, en el que Andrés Bernáldez describe la procesión que acompañó al príncipe don Juan hasta la Iglesia de Santa María la Mayor como «una gran procesión con todas las cruces de las collaciones de la ciudad, é con infinitos instrumentos de músicas de diversas maneras de trompetas, é chirimías é sacabuches; trújolo su ama en los brazos muy triunfalmente debajo de un rico paño de brocado, que traían ciertos rejidores de la ciudad (...) todos estos vestidos de ropas rozagantes de terciopelo negro que les dio Sevilla (...)»<sup>60</sup>. La duquesa de Medina Sidonia, que fue la madrina, acompañada de nueve doncellas vestidas con trajes de seda «cada una de su color», llevaba «un rico brial de brocado, é chapado con mucho alfojar grueso y perlas, una muy rica cadena al cuello, é un tabardo de carmesí blanco ahorrado en damasco, el cual ese día, acabada la fiesta, dió á un jodio aladan del Rey que llamaban Alegre»<sup>61</sup>. Días más tarde, cuando los reyes llevaron al príncipe a la iglesia, Fernando lo hizo «vestido de un rozagante brocado é chapado de oro é un sombrero en la cabeza chapado de hilo de oro» mientras que Isabel lució «un brial muy rico de brocado con muchas perlas y aljófar»<sup>62</sup>.

Pese a que fue el bautizo del príncipe Juan el mejor retratado en las crónicas, las cuentas de ese año no especifican si alguna de las ropas enumeradas en ellas fue la que vistió el príncipe en la referida ceremonia, aunque es cierto que los datos del libro de cuentas de Gonzalo de Baeza –que comienza un año antes del nacimiento del príncipe el 30 de junio de 1478– son muy pobres si los comparamos con los que existen para épocas posteriores. Es el caso de las noticias sobre los gastos generados con ocasión del bautizo de su hermana Catalina. La información alude a la compra de «syete varas de brocado blanco de pelo, para vna mantilla

<sup>59</sup> J. M. NIETO, *Ceremonias...*, pp. 47-51.

<sup>60</sup> *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel escrita por el Bachiller Andrés Bernáldez Cura de los Palacios, y Capellán del Arzobispo de Sevilla D. Diego Deza*, I, Bibliófilos Andaluces. Sevilla 1870, p. 95, en lo sucesivo A. BERNÁLDEZ, *Historia de los Reyes Católicos...* I. El vocablo ropa hace referencia a diferentes tipos de trajes, tanto masculinos como femeninos, del grupo de los llamados trajes de encima. En este caso se trata de un traje de aparato, sin ceñir al cuerpo y de gran largura, de ahí el apelativo de rozagante (C. BERNIS, *Trajes y modas... Los hombres*, vid. Glosario).

<sup>61</sup> A. BERNÁLDEZ, *Historia de los Reyes Católicos...*, I, p. 96. El brial era el traje femenino de lujo, que se ajustaba al talle y que podía arrastrarse por el suelo, de la categoría de los trajes para vestir a cuerpo. El tabardo era un traje de encima, holgado y con aberturas a los lados para sacar los brazos, que podía tener capucha (C. BERNIS, *Trajes y modas... Los hombres*, vid. Glosario).

<sup>62</sup> A. BERNÁLDEZ, *Historia de los Reyes Católicos...*, I, p. 97.



para el bautismo» además de «syete varas de terciopelo verde, en que se forro la mantilla»<sup>63</sup>. Con una prenda parecida recibió este sacramento la primogénita del condestable Miguel Lucas de Iranzo, en una ceremonia descrita en su crónica con todo lujo de detalles. Según el relato «e este día, después de comer, a la tarde, se hizo en esta manera. El asistente Fernando de Vallafañe leuó la señora doncella en los braços, enbuelta en vn grand paño de muy rico brocado, la cola del qual leuaua el comendador de Montizón, hermano del dicho señor Condestable ...»<sup>64</sup>. A pesar de la locuacidad del autor de esta crónica, que no pierde ocasión de describir con todo lujo de detalles los vestidos usados por Miguel Lucas de Iranzo, los de las damas y caballeros que acudieron al bautizo de su hija no entretuvieron demasiado su pluma y no existe ninguna referencia a ellos en el texto.

Sin embargo, las cuentas del tesorero Baeza registran algunas compras relacionadas con otro acontecimiento importante de la vida del príncipe que tuvo lugar en 1490, año en el que fue armado caballero por su padre en la Vega de Granada. Quizá el príncipe lució en este acto una falda de malla y «vnos goçetes», hechos con 6 marcos y 1,5 onzas de plata cendrada. Estas piezas se doraron y «entro en el dorar... seys ducados de oro»<sup>65</sup>. Además se utilizó una vara de cebí carmesí para la guarnición, que llevaba también unos caireles de oro. Pero también pudo haber ido vestido con un conjunto comprado en Córdoba, según reza en otro documento fechado en 1491 que recoge los gastos efectuados el año anterior, que estaba compuesto por un capacete<sup>66</sup> y una bavera<sup>67</sup>, por cañones<sup>68</sup>, guardas<sup>69</sup> y mandiletas<sup>70</sup>, «la clauaçon dorada y heuillas y tachuelas y malla de cuero» y una darga, además de unos quizotes<sup>71</sup> y unas calzas y por el que se pagaron 8.539 mrs<sup>72</sup>.

---

<sup>63</sup> TORRE y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, I, p. 116.

<sup>64</sup> *Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo*, ed. J. de MATA CARRIAZO, Colección de Crónicas Españolas, III. Madrid, 1940, cap. xxiv (1465), p. 260 (a partir de este momento *Hechos del Condestable...*).

<sup>65</sup> TORRE y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, I, pp. 313-314.

<sup>66</sup> «Casco sin cresta ni visera, a veces terminado en punta, parecido al morrión, aunque de forma más esférica, chata o aplanada, se usó de cuero reforzado con hierro, sobre el capuchón de malla» (en E. DE LEGUINA, *Glosario de voces de armería*. Madrid, Editorial Felipe Rodríguez, 1912, p. 203, en lo sucesivo E. DE LEGUINA, *Glosario...*). Boabdil en la batalla de Lucena iba «armado de unas fuertes corazas, aforradas en terciopelo carmesí, con clavazón dorada, capacete gravado y dorado, espada ginetá guarnecida de plata, puñal damasquino, marlota de brocado y terciopelo carmesí, adarga y lanza fuertes» (*apud*. E. DE LEGUINA, *Glosario*, p. 412).

<sup>67</sup> «Pieza de la armadura de cabeza que cubría la barba, boca y quijadas» (*ibidem*, p. 127).

<sup>68</sup> «Del brazal, pieza unida a la hombrera, en su parte superior de launas y la otra cilíndrica y sostenida en aquella por un reborde» y los cañones, «las dos piezas huecas que forman la embocadura del freno» (*ibidem*, pp. 202 y 203).

<sup>69</sup> «O navajas de brazal o de quijote, se dice de los codales y rodilleras en los inventarios del s. XVI» (*ibidem*, p. 533).

<sup>70</sup> «Dice el Catálogo de la Armería que eran los mismo que manoplas...» (*ibidem*, p. 623).

<sup>71</sup> «Parte de la armadura que defendía el muslo» (*ibidem*, p. 737) Hay que recordar que el quizote también era una pieza típica de la indumentaria arabeislámica (*vid.* nota núm 50).

<sup>72</sup> TORRE y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, I, p. 371.



Cuando el acto de investidura era dirigido por el monarca se convertía en un recurso muy eficaz para fortalecer el poder regio, pues al aparecer como cabeza de la principal fuerza militar del reino se insistía en la actitud de sumisión al soberano que debía distinguir a la caballería. En tal circunstancia, este acto funcionaba como un instrumento de autolegitimación y, por supuesto, se entendía como una expresión efectiva de la preeminencia del rey sobre la nobleza, cuestiones que se reforzaban si la ceremonia tenía lugar en un campamento o real, como sucedió en el caso de la investidura del príncipe Juan<sup>73</sup>. Fernando del Pulgar describe así el acontecimiento: «Y el Príncipe don Juan fue al real, donde fue armado caballero junto a la acequia gorda; e fueron sus padrinos el duque de Medina Sidonia y el marqués de Cáliz, estando el Príncipe y el Rey su padre, que lo armó caballero, cabalgando. El Príncipe armado caballero, armó caballeros aquel día a fijos de señores ...»<sup>74</sup>.

En lo que atañe a las bodas reales, las protagonizadas por los miembros de la dinastía Trastámara se desarrollaban en tres tiempos claramente definidos. El primero, basado en el acto de los esponsales, fue el de mayor alcance político al atribuírsele un carácter legitimador y, en consecuencia, el de mayor proyección pública de todos los que se organizaban en torno a este acontecimiento. A este evento le seguía la ceremonia litúrgica, mientras que el tercer tiempo era el espacio de las fiestas, de las justas, de los torneos y de las corridas de toros<sup>75</sup>.

La crónica que relata la vida de Miguel Lucas de Iranzo es, sin lugar a dudas, la más prolija en detalles relacionados con todos estos acontecimientos<sup>76</sup>. Por ella sabemos que el condestable vistió en su boda «vn jubón de muy fina chapería de oro todo cubierto, de muy nueva e discreta manera ordenado, y sobre aquel vna ropa de estado en demasía roçagante, de vn carmesí velludo morado, forrada de muy presçiadadas e valiosas cebellinas e en la cabeça vn capello negro de muy nueva guisa, con vn rico joyel en el rollo bordado de muy ricas jemas, con vna guarniçion de oro de mucho valor...»<sup>77</sup>. En esta ocasión su esposa llevaba «vn muy riquisimo brial, todo cubierto de la misma chapería del jubón del señor, e ençima vna ropa de aquél carmesí morado, con vn rico collar sobre los onbros, tocada de muy graçiosa e bien apuesta manera ...»<sup>78</sup>.

---

<sup>73</sup> J.M. NIETO, *Ceremonias...*, pp. 73 a 76.

<sup>74</sup> *Crónica de los Reyes Católicos de su secretario Fernando del Pulgar*, II, ed. J. de MATA CARRIAZO, Colección de Crónicas Españolas, VI, Madrid, 1943, cap. CCLIX (1490), p. 444 (en lo sucesivo F. DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos...*).

<sup>75</sup> J.M. NIETO, *Ceremonias...*, pp. 52 a 58.

<sup>76</sup> Para profundizar en algunos aspectos en este sentido remito al trabajo de A. CONTRERAS VILLAR, «La Corte del Condestable Iranzo. La ciudad y la fiesta», *En la España Medieval*, vol. 10 (1987), Madrid, pp. 305-322 y L. CLARE, «Fêtes, jeux et divertissements à la Cour du Connetable de Castille Miguel Lucas de Iranzo (1460-1479)», en *Les exercices physiques. Le fête et l'écriture. Théâtre du Cour. Théâtre en Espagne et en Italie 1450-1530*, Aix en Provence, Université de Provence, 1987, pp. 5-31.

<sup>77</sup> *Hechos del Condestable...*, cap. v (1461), pp. 41 y 42.

<sup>78</sup> *Ibidem*, p. 42.



Muy pocos detalles se conocen de las bodas de Juan II y de Enrique IV a través de las crónicas. El día en que este último acudió al encuentro de su segunda esposa doña Juana, el cronista Palencia<sup>79</sup> escribió que

no era, sin embargo, su aspecto de fiesta, ni en su frente brillaba tampoco la alegría, pues su corazón no sentía el menor estímulo de regocijo; por el contrario, el numeroso concurso y la muchedumbre ansiosa de espectáculos le impulsaban a buscar parajes escondidos; así que, como a su pesar, y cual si fuese a servir de irrisión a los espectadores, cubrió su frente con un bonete, no quiso quitarse el capuz, y con el lúgubre color del traje que a la solemnidad de aquel día llevaba, como que declaraba siniestro augurio para las tristes bodas.

Ambiente muy diferente al que se debió respirar en las fiestas celebradas con ocasión de su matrimonio anterior con la princesa Blanca de Navarra, que fue recibida en Valladolid «este rreçevimiento fue el más notable que vieron los que a la sazón eran uibos de mucha gente que salieron a la prinçesa, e de muchos arreos a las personas, e de muchos gentiles hombres, e de muchas cavalgaduras, así como cavallos trotones, hacaneas e mulas, e muy vien guarnidas. Tanto que en Castilla no se falla que tales arreos fuesen»<sup>80</sup>.

Las cuentas y los libros de los camareros reales no facilitan apenas noticias acerca de la indumentaria que vistieron en sus bodas los miembros de la familia de Isabel y Fernando. Existe en el Archivo General de Simancas un documento que enumera las «cosas que la Reyna nuestra Señora mando dar a sus damas el día antes que se casase ...» y que estaban a cargo de su camarera Aldonza Suárez<sup>81</sup>. Se trata de la reina doña María, que el 30 de octubre de 1500 se casaba con el viudo de su hermana Isabel, Manuel I de Portugal. La importancia del acontecimiento se refleja en la riqueza de los objetos, la mayoría tocados de oro, cintos y algunas cadenas, que recibieron doña Leonor de Milán, doña Ángela, doña Juana de Villena y doña Teresa de Cárdenas, entre otras damas de la nobleza. Entregó a doña Ángela, por ejemplo, «vn texillo de brocado rraso carmesí, la meytad de dos haçes y el enves de la otra meytad de çetin carmesí, que tiene vna hevilla y vn cabo y tres tachones, todo de oro esmaltado de rosycler y blanco y en el cabo tiene tres çinticas negras, cada vna con dos cabos de oro y encima dellos otros medios cabos, todo esmaltado de rosycler y

---

<sup>79</sup> A. BERNÁLDEZ, *Historia de los Reyes Católicos...*I, pp. 193-194.

<sup>80</sup> *Crónica del Halconero de Juan II Pedro Carrillo de Huete*, ed. Juan DE MATA CARRIAZO. Madrid, Espasa-Calpe, 1946, pp. 345-346.

<sup>81</sup> AGS, PR, leg. 30-5. En otro lugar cometí el error de atribuir este documento a la reina Isabel (M. GONZÁLEZ, *La Casa de Isabel la Católica...*, p. 308). El texto dice que las joyas fueron otorgadas un día antes de que la reina se casase «a xxviii de otubre» pero no menciona el nombre de la reina. Aldonza Suárez fue camarera de María y con ella se marchó a Portugal (M. GONZÁLEZ MARRERO, «Las mujeres de la Casa de Isabel la Católica», en J. MARTÍNEZ y M.P. MARÇAL (coords.), *Las relaciones discretas entre las Monarquías Hispana y Portuguesa: Las Casas de las Reinas (siglos xv-xix)*, vol. 2, Madrid, Ediciones Polifemo, 2009, pp. 841-886.

blanco y verde»<sup>82</sup>. Aunque no podemos asegurar que tales joyas y vestidos hubieran sido lucidos en tan señalada ocasión, ni tampoco que fueran un regalo de María a sus damas, no es del todo descabellado aventurar que así fuera, como era costumbre en estos casos y como demuestran algunos pasajes de las crónicas de la época.

El matrimonio que dejó más huella en las cuentas reales fue el de la primogénita Isabel con el heredero luso. En las del tesorero Baeza puede leerse el espléndido ajuar que recibió en dote<sup>83</sup>, al que Fernando del Pulgar<sup>84</sup> dedica también unas palabras de admiración confirmando que

para çelebrar aquellas bodas, el Rey e la Reyna mandaron adereçar las cosas que se requerían, en las quales quisieron mostrar la grandeza de sus ánimos e abundancia de sus reynos e señoríos; porque allende de la suma de oro que le dieron en dote, segúnd lo que se acostumbra dar en casamiento a las ynfantas de Castilla, el Rey e la Reyna le mandaron dar quinientos marcos de oro e mill marcos de plata, e quatro collares de oro con muchas perlas e piedras preçiosas, e otras cadenas e joyeles de gran valor. Otrosí, le dieron muhos paños de tapaçeria de oro e seda, e veynte ropas de paño brocado de diuersas colores, e otras quatro ropas de filo de oro tirado, e otras seys ropas de seda bordadas con perlas e chapadas de oro; lo qual todo se estimó en çient mill florines de oro. E allende desto, le dieron ropa blanca de lino de tanto valor, do avía çinquenta camisas labradas de hilo de oro e de seda, como en todas las otras [cosas] que se fizieron para el arreo de su persona: fue estimado en veynte mill florines de oro...

Las mujeres solían colocarse todas estas ropas sobre los briales, vestiduras ricas confeccionadas con sedas y brocados. Entre los gastos que generó la citada boda de Isabel con Alfonso de Portugal, las cuentas del tesorero Baeza mencionan 35.366 maravedíes (mrs.) abonados por «las sillas altas de las damas, en que salieron a las justas» y 535.366 mrs. por la plata y las sedas para los briales «e para las cabeças»<sup>85</sup>. De nuevo el relato de Fernando del Pulgar completa el cuadro escribiendo que «la Reyna salió a las justas e otras fiestas que se fizieron en aquellos quinze días vestida de paño de oro; e salieron con ella y con esta princesa de Portugal, ynfanta de Castilla, fasta setenta damas, fijas de los mayores señores de España, vestidas de paños brocados, e todas con grandes arrees y cadenas e collares e joyeles de oro, con muchas perlas preçiosas, e perlas de grand valor ...»<sup>86</sup>.

Las cuentas de Baeza vuelven a corroborar esta cuestión, precisamente en una de sus anotaciones referidas a las fiestas organizadas con motivo de los desposorios de la infanta Isabel. En aquella ocasión se gastaron 751.144 mrs. en 30 marcos, 7 onzas y 6 ochavas de oro fino a los que hay que añadir «por las manos de batir y bruñir e baxar los 4 marcos dellos, 5 ducados de oro que montan a 374 mrs. cada uno, 1.875

---

<sup>82</sup> El texillo era un complemento del vestido que se ceñía a la cintura o a la cadera con hebilla, pasador y cabo, confeccionado con sedas, brocados y oro tirado. Y el rosicler hace alusión al color rosado, muy típico de los esmaltes usados en la joyería (M. GONZÁLEZ, *La Casa de Isabel la Católica ...*, *vid.* Glosario).

<sup>83</sup> TORRE y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, I, pp. 347-363.

<sup>84</sup> F. DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos...*, II, cap. CCLVIII (1490), pp. 439-440.

<sup>85</sup> TORRE y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, I, p. 335.

<sup>86</sup> F. DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos...*, II, cap. CCLVII (1490), p. 438.



mrs.». Todo ese oro se distribuyó en hebillas de oro para una ropa de la reina y en «otra guarnición que se dice de las fiestas de oro para otra ropa»<sup>87</sup>. Hasta los zapatos que se incluyeron en el ajuar que esta infanta se llevó a Portugal llevaban oro y plata en su confección, como nueve pares de chapines que costaron 44.220 mrs.<sup>88</sup>, mostrando la preferencia por esta novedosa invención castellana cuya producción más reputada era la de Valencia, donde la Casa Real solía comprarlos regularmente<sup>89</sup>.

En otras ocasiones las noticias son mucho más modestas en cuanto a la información y la calidad de los objetos que dieron origen a los desembolsos y a las posteriores anotaciones del tesorero. Por citar un ejemplo señalaré el gasto originado por «337 varas de lienço de Bretaña, teñido, leonado, para enforro de algunos atavios del casamiento del príncipe, e de los paños de las mulas de las damas de la princesa e otras cosas»<sup>90</sup>.

Desde la segunda mitad del s. XIV las ceremonias vinculadas a los funerales reales habían permanecido más o menos inalterables<sup>91</sup>. Tal vez por ello, pero también porque los actos luctuosos posteriores al fallecimiento de los monarcas de la dinastía Trastámara respondían a una etiqueta perfectamente definida que se repetía cada vez, los cronistas no se detuvieron demasiado en dar detalles sobre ellos. Enríquez del Castillo se limitó a señalar, en su relato del óbito de Juan II, que los funerales se realizaron «con aquella solemnia que para tal abto se requería, segund la exelencia (sic) de tan alto rrey»<sup>92</sup>. Aunque fuera en Portugal, resulta significativo, y abunda en lo interesante que resultan las opiniones de estos viajeros como muestra de las diferencias, que Gabriel Tetzl, autor del relato del viaje del barón bohemio León de Rosmithal, hiciera manifiesta su sorpresa ante las costumbres lusas practicadas en los funerales. En sus escritos anotó que allí «cuando alguno muere, llevan a la iglesia vino, carne, pan y otros manjares, y los parientes del difunto siguen el funeral vestidos con unas ropas blancas con capuchas como las de los monjes, en las cuales se rebozan de una manera singular: los que van pagados para llorar llevan vestiduras negras y lloran a grandes voces como los que entre nosotros están muy alegres o borrachos»<sup>93</sup>.

---

<sup>87</sup> Esta cita y las anteriores en AGS, C y SR, leg. 1, fol. 12 (1490, mayo, 2).

<sup>88</sup> «dos pares de chapines de çebti verde e çebti morado, labrados de filo de oro tirado, en que entraron dos marcos e siete onças e çinco ochauas de filo de oro e vna vara de seda, que costo todo, con las manos de los maestros, que se pagaron a 35 mrs. por cada rreal, 17.860; siete pares de chapines de seda de todas (sic) colores, que avía en cada par media vara de seda, en que entraron dos marcos e seys onças de argenteria de plata blanca e dorada, a 16 onças e dos ochauas de filo de oro, en el bordar e perfilar, que costo todo, con la suela de corcho e manos de bordadores e plateros, 26.360 mrs.» (AGS, C y SR, leg. 1, fol. 17 (1490, noviembre, 20) y Torre y Alsina, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, I, p. 355).

<sup>89</sup> La Dra. Martínez corrobora que la producción valenciana fue la más reputada por el lujo y vistosidad de sus modelos, distinguidos por las técnicas empleadas y por una tradicional especialización (M. MARTÍNEZ MARTÍNEZ, *La industria del vestido en Murcia* (ss. XIII-XV), Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1988, p. 392).

<sup>90</sup> Cada vara se pagó a 42 mrs. (TORRE Y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, II, p. 367).

<sup>91</sup> D. MENJOT, «Un chrétien qui meurt toujours. Les funérailles royales de Castille à la fin du Moyen Âge», en M. NÚÑEZ Y E. PORTELA (eds.), *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1987, p. 134.

<sup>92</sup> D. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, *Crónica de Enrique IV...*, cap. 2.º, p. 136.

<sup>93</sup> J. GARCÍA, *Viajes de extranjeros...*, p. 264.



Si bien el austero ceremonial que se llevó a cabo tras el fallecimiento de Isabel la Católica tiene su explicación en el protocolo inherente a este tipo de hechos, la sobriedad impuesta al acontecimiento respondió también a una voluntad expresa de la reina, en cuyo testamento había manifestado su deseo de ser enterrada «en una sepultura baxa que no tenga vulto alguno, salvo una loxa baxa en el suelo, llana, con sus letras esculpidas en ella (...) e que no aya en el vulto gradas ni chapiteles, ni en la iglesia entoldaduras de lutos ni demasía de hachas, salvo solamente treze hachas que ardan en cada parte en tanto que se hiziere el ofiçio divino (...)»<sup>94</sup>. Antonio de Lalaing corrobora este hecho y escribe en su relato que «aunque no mostró grandeza ninguna en la muerte, sino humildad, por todo triunfo, requirió únicamente que desde el lugar donde murió, que es Medina del Campo, fuese llevada y enterrada en la ciudad de Granada, en la forma más humilde que se pudiera, a causa de que era su principal triunfo y conquista»<sup>95</sup>.

El laconismo de las crónicas se compensa con la prolijidad de la documentación emanada de la Casa Real. En ella se registran con minuciosidad y detalle los gastos ocasionados tras la muerte de la reina y el posterior traslado de su cuerpo a la Capilla Real de Granada. Se proveyó a todas las iglesias donde reposó su cadáver con todo lo necesario para habilitar los lugares donde se instalaría el ataúd, que iba sencillamente forrado con una funda de cuero de becerros confeccionada por el zapatero Diego de Madrid y otra de lienzo de vitre «que se hizo ençerada»<sup>96</sup>. Se ordenó entregar casullas a los oficiantes<sup>97</sup> y colocar unas alfombras en el túmulo de San Juan de los Reyes «que sean bastantes para que sobrellas se pueda extender el dosel que se pone sobre la dicha tumba»<sup>98</sup>. El dosel era de terciopelo negro, estaba forrado y llevaba una cruz de raso carmesí y escudos de las armas reales y se pusieron cuatro alfombras en total<sup>99</sup>.

Sin embargo, esta austeridad que pidió para sus funerales no la practicó en vida, sobre todo cuando se trató de honrar la memoria de otros personajes reales. Con ocasión del óbito de Arturo, príncipe de Gales y esposo de su hija Catalina, mandó construir un catafalco en el monasterio de San Juan de los Reyes que «tenía cuatro escalones de alto, todo cubierto de negro, y en toda su altura estaba cargado de luminarias. En los cuatro extremos había allí cuatro gruesos cirios. Debajo del catafalco estaba la representación del príncipe, cubierta de terciopelo negro, y la cruz, de seda carmesí (...)»<sup>100</sup>. Es cierto que la muerte sucedió en medio de la visita de Felipe y Juana, y la singularidad del acontecimiento obligaba a prescindir de la suntuosidad requerida en estas ocasiones y que, como hemos visto, se manifestaba entre otras cosas, mediante la riqueza de los vestidos. Es

<sup>94</sup> AGS, PR, leg. 30, fol. 2 (2961). (Medina del Campo. 1504, octubre, 12).

<sup>95</sup> J. GARCÍA, *Viajes de extranjeros...*, p. 455.

<sup>96</sup> A Diego de Madrid se le pagaron 1.684 mrs. por la funda de cuero y el vitre costó 120 mrs. (AGS, C y SR, leg. 8, fol. 437. En letra moderna se añadió 1505).

<sup>97</sup> AGS, C y SR, leg. 6, fol. 279 (Valladolid. 1506, agosto, 29).

<sup>98</sup> AGS, C y SR, leg. 10, fol. 386 (Sin fecha).

<sup>99</sup> AGS, C y SR, leg. 7, fol. 395 (Toledo. 1525, junio, 25).

<sup>100</sup> J. GARCÍA, *Viajes de extranjeros...*, p. 429.



lógico pensar que la reina Católica trató de deslumbrar entonces a sus ilustres visitantes con la construcción de un catafalco digno del personaje que homenajeara pero también espejo de la grandeza de su corte, razón por la cual autorizó tal dispendio<sup>101</sup>.

El monumento costó 44.116 mrs. y la nómina que recoge el gasto dice, sin embargo, que para la Cruz se empleó damasco blanco que costó 450 mrs. la vara y que se tiñeron de negro las maderas «e otras cosas que fueron menester teñir», incluida la cera<sup>102</sup>. Sólo en maderas, clavos y rejonos «para en que se ficasen las hachas de çera» se emplearon 7.500 mrs, cantidad modesta si la comparamos con el gasto de cera, que supuso un total de 22.797,5 mrs. Tal vez porque Isabel y Fernando querían proceder cuanto antes a la ceremonia en la que Felipe y Juana serían jurados Príncipes de Asturias, las obras se llevaron a cabo con celeridad. Por eso se compraron dos hachas de cera y 6,5 libras de candelas de sebo «que fueron menester para alumbrar a los maestros que içieron de noche la dicha obra»<sup>103</sup>. Como en otras ocasiones, los cortesanos recibieron las acostumbradas varas de paño de luto, concretamente paños negros «veintenos» y «dieziochenos» que habían comprado el Mayordomo del monasterio de San Juan de los Reyes y Fernando de Mercado, veedor de la despensa real<sup>104</sup>.

En este sentido, y en contra de lo que sucedía con la indumentaria que se vestía durante los anteriores acontecimientos descritos, las prendas y los tejidos de luto ocupan bastantes renglones en los inventarios reales y en las cuentas de los tesoreros. Los detalles llegan hasta el punto de describir una camisa de mujer en la que «dizen que fallestçio en ella la Señora Reyna e prinçesa e no se apresçio», anotada en el inventario de la Isabel la Católica<sup>105</sup>. Además de datos como éste también nos informan puntualmente acerca del nombre del difunto por el que se debía llevar luto. La reina Isabel hizo confeccionar para ella un hábito<sup>106</sup> y un tabardo de camino con mangas de contray frisado negro «para traer luto por el Rey de Nápoles» y para las infantas otros hábitos y unas mantillas de paño de nueve cuarteles<sup>107</sup>. Con ocasión del fallecimiento del yerno de los Reyes Católicos, Alfonso de Portugal, la Casa Real gastó 70.903 mrs. «en çiertos lutos e otras cosas que se dieron a las damas de su Alteza e a çiertas criadas de las infantas e a çiertos ofiçiales e otras personas»<sup>108</sup>. El sastre Juan de Torrijos hizo los hábitos y los mantos de las damas y cobró por su trabajo 2.728 mrs., a razón de dos reales «por cada

---

<sup>101</sup> R. DOMÍNGUEZ, *Arte y etiqueta...*, p. 219.

<sup>102</sup> TORRE y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, II, pp. 553-554.

<sup>103</sup> *Ibidem*, pp. 554.

<sup>104</sup> Fueron para damas y mujeres de la Casa y se gastaron 517 varas y un total de 98.230 mrs. (*Ibidem*, pp. 545-547).

<sup>105</sup> TORRE y ALSINA, *Testamentaria...*, 1974, p. 264.

<sup>106</sup> Era el traje de luto indiscutible que usaban las mujeres, mientras que los hombres vestían la loba. De ambas piezas hay innumerables ejemplos en las cuentas reales. Se trata de una prenda amplia, acampanada que se fruncía en el escote y que podía llevar mangas o carecer de ellas. Las lobsas, por su parte, eran prendas holgadas y sin mangas pero con dos aberturas llamadas maneras por las que se sacaban los brazos (C. BERNIS, *Trajes y modas... Los hombres, vid. Glosario*).

<sup>107</sup> TORRE y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, II, pp. 148-149.

<sup>108</sup> *Ibidem*, I, pp. 403-405.



par de ropas». Como complemento indispensable, las mujeres lucieron tocas de seda que se tiñeron de negro<sup>109</sup>. En total 47 tocas que costaron 100 mrs. cada una.

Quisiera destacar, para terminar, dos noticias que me resultan muy elocuentes por lo que sugieren en torno a la cuestión que vengo planteando en estas páginas. Por un lado la descripción que Andrés Bernaldez nos dejó sobre la muerte del Marqués de Cádiz a quien, según sus palabras<sup>110</sup>:

pusieronlo en un atahud aforrado en terciopelo negro é una Cruz blanca de Damasco, en presencia de los dos frailes, vestido de una rica camisa é un jubón de brocado, é un sayo de terciopelo negro, é una marlota de brocado fasta en piés, é unas calzas de grana, é unos borceguies negros, é un cinto de hilo de oro, é su espada dorada ceñida, segun él acostumbraba traer cuando era y andaba en las guerras con los moros...

Y esta otra que podemos leer en la crónica anónima de Enrique IV. En ella se cuenta que cuando Fernando el Católico fue recibido como rey en Segovia vistió «una ropa larga de hilo de oro tirado forrada en martas según el tiempo», pero antes de hacerlo se quitó la loba que llevaba como símbolo del luto por la muerte de Enrique IV<sup>111</sup>. Como muy bien ha señalado Álvaro Fernández de Córdova, el cambio del negro al oro constituye una metáfora de la transformación del príncipe en rey, pues esta entrada es la primera de Fernando como tal en la ciudad segoviana<sup>112</sup>.

---

<sup>109</sup> El negro se impuso como color de luto hacia el siglo XIV (Ph. ARIÉS, *El hombre ante la muerte*. Madrid, Taurus, 1987, p. 143). Hasta finales del siglo siguiente se usaba indistintamente junto con el blanco. En los funerales del príncipe don Juan su esposa vistió hábitos de jerga blanca, uno de ellos forrado en piel negra, mientras que las mujeres iban tocadas con mantillos negros y no con los tradicionales velos blancos como los que usaban las romanas. Al parecer fue la última vez que se emplearon los dos colores juntos como colores de luto (J. VARELA, *La muerte del Rey. El ceremonial funerario de la Monarquía Española (1500-1885)*, Madrid, Turner, 1990, p. 33). No obstante, ya en época de los Reyes Católicos se había convertido en un color de moda, apreciado por su valor suntuario cuando se conseguía una tinción de calidad y se obtenía un efecto brillante. De hecho, como ha señalado J. D. González, fue el tejido más consumido para las ropas del príncipe Juan lo cual, según sus palabras «tuvo que suponer algo más que un pobre color fúnebre o un fúnebre color pobre» (J.D. GONZÁLEZ, «Los colores de la corte del príncipe Juan ...», pp. 195-196).

<sup>110</sup> A. BERNÁLDEZ, *Historia de los Reyes Católicos ...* 1, p. 311.

<sup>111</sup> *Crónica anónima de Enrique IV de Castilla (1454-1474)*, ed. M.P. SÁNCHEZ PARRA, vol. II, Madrid, Ediciones de la Torre, 1991, p. 483.

<sup>112</sup> A. FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, *Casa y Corte de Isabel I (1474-1504). Ritos y ceremonias de una Reina*. Madrid, Dykinson, 2002, p. 320 (en lo sucesivo A. FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, *Casa y Corte de Isabel I...*).



### 3.2. LAS ENTRADAS REALES Y LA RECEPCIÓN DE EMBAJADAS EXTRANJERAS

Los ejemplos que acabamos de ver insisten en la idea de que la indumentaria juega un papel simbólico y nada irrelevante en cada uno de los acontecimientos de la vida de la realeza, hasta el punto de que el duelo por la muerte del rey Enrique, con el que Fernando cumplió, entre otras cosas, vistiendo una loba de luto, no impidió que modificara su atuendo para estar a la altura de otra ceremonia de importancia crucial para un monarca, como lo era su primera entrada como rey en una ciudad. Es obvia la dimensión legitimadora que tal circunstancia revestía, y en el afán de lograr el objetivo propuesto, el vestido se comportaba como un elemento más que, de forma obligada, debe ser tomado en consideración. En palabras de Elodie Lecuppre-Desjardin «lo bello, en efecto, genera automáticamente la atracción, la admiración de forma casi lógica la vinculación a la persona que despliega tal calidad y el consentimiento a todo lo que representa»<sup>113</sup>.

En sentido estricto, las entradas reales se organizaban cuando un monarca visitaba por primera vez una ciudad o villa de su reino, poco después de haber sido entronizado, lo que explica su marcado carácter legitimador, pero como estas se produjeron en más de una ocasión a lo largo de un mismo reinado, sobre todo cuando circunstancias especiales de cierta inestabilidad así lo requerían, a esta competencia hay que sumar la que adquieren como instrumentos de propaganda política. Con ellos se buscaba reforzar la imagen de la monarquía, cuestión que parece subrayar el hecho de que también se organizaran actos ceremoniales con ocasión de las entradas de otros miembros de la familia real, de manera que resulta palmario que, por encima de la valoración personal, prevalecía el componente institucional de tales acontecimientos<sup>114</sup>.

La principal ceremonia que caracterizaba una entrada real era el desfile, presidido por el rey y su cortejo, al que acudían vestidos con lujosos trajes, montados sobre suntuosas cabalgaduras y luciendo las insignias tradicionales. A ellos seguía el resto de los participantes, cuidadosamente ordenados en función de su categoría y ataviados en justa correspondencia con su condición social. Isabel la Católica lo tuvo muy claro y con ocasión de la victoria de Toro en 1476 «mandó que en la çibdad de Toledo que fiçiesen su rreçebimiento lo mas honrrroso e apuesto que ser pudiese para rreçebir a tan poderoso rrey de rreynos como es el Rey, nuestro sennor, e que

---

<sup>113</sup> E. LECUPPRE-DESJARDIN, «Proclamar la autoridad, afirmar el poder, seducir al pueblo: una reflexión sobre la comunicación política en los antiguos países bajo borgoñones», *Edad Media, Revista de Historia*, vol. 13 (2012), p. 109.

<sup>114</sup> J.M. NIETO, *Ceremonias...*, pp. 120-133. Recientemente D. PELAZ FLORES ha analizado el papel de las reinas, como parte de la institución monárquica, en su paso por las distintas ciudades del reino, en «La gestualidad del poder. Significación del paso de la reina por las ciudades castellanas a lo largo del siglo XV», en J. SOLÓRZANO, B. ARÍZAGA y A. AGUIAR (eds.), *Ser mujer en la ciudad medieval europea*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2013, pp. 289-304. Véanse también los trabajos de R. DE ANDRÉS DÍAZ, «Las 'entradas reales' castellanas en los siglos XIV y XV, según las crónicas de la época», *En la España Medieval*, vol. 4 (1984), pp. 47-62 y «Fiestas y espectáculos en las «Relaciones Góticas del siglo XVI», *En la España Medieval*, vol. 14, (1991), pp. 307-336.



en sennal de alegría, todos los jurados se vestiesen de color e el rregimiento de seda, apuestos, para rreçebir tal señor». Y así lo hicieron pues los regidores iban «con ropas rroçagantes de seda, e collares de oro algunos, los jurados con capuzes colorados; avnque eran viejos algunos, de grande hedat, por el alegría del jocundo aduento, pospusieron los sus annos e asi todos avian vestiduras nupciales del tienpo alegre»<sup>115</sup>.

Judíos y musulmanes también participaban de estos desfiles y su vestimenta tampoco escapó al control de los reyes. En las cortes de Toledo de 1480 quedó establecido que cuando los judíos acudieran a recibir a los monarcas «no lleben vestiduras sobre las ropas, saluo el que llevare el atora»<sup>116</sup>. Y cuando Isabel y Fernando entraron en Granada dos años antes de la toma de la ciudad les esperaban, al decir del cronista Santa Cruz, más de 30.000 moras «vestidas con sus almalafas»<sup>117</sup>. Al fin y al cabo, estos eventos deben ser vistos también en clave de espectáculo: un espectáculo en el que se encarnaban las relaciones entre el monarca y todos sus súbditos ya que en ellos participaban representantes de la nobleza cortesana y de la nobleza local, los miembros del concejo y de la Iglesia y, por supuesto, el resto de los habitantes de la ciudad, incluidas las minorías religiosas.

A diferencia de lo que sucedía con los funerales, las noticias que ofrecen las crónicas acerca de estas ceremonias de entrada reales son bastante generosas. Imposible no aludir a la imagen que nos dejó Bernáldez de la entrada de Isabel y Fernando en el real de Illora en el año 1486, en la que nos describe a Isabel montada sobre una mula en una silla ricamente guarnecida de plata dorada, cubierta de paño carmesí y vestida con «un brial de terciopelo, y debaxo unas faldetas de brocado y un capuz de grana; vestido guarnecido morisco, é un sombrero negro guarnecido de brocado al derredor de la copa y ruedo» mientras que su esposo Fernando lucía un jubón «de demesín de pelo», además de un quizote de seda de color amarillo «y encima un sayo de brocado, y unas corazas de brocado, vestidas». A las prendas típicamente arabeislámicas añadió una espada morisca «ceñida, muy rica»<sup>118</sup>. Una nómina del tesorero real, de abril de 1487, menciona el pago de terciopelo carmesí para bordar «letras moriscas de hilo de oro para guarnición de un tabardo»<sup>119</sup>. No sería extraño que se tratara del mismo vestido, en tanto que los capuces

---

<sup>115</sup> Esta cita y la anterior en *Divina retribución sobre la caída de España en tiempo del noble rey Don Juan el Primero compuesto por el bachiller Palma*. Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1879, cap. xv, p. 62 (en adelante Bachiller Palma, *Divina retribución...*).

<sup>116</sup> *Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla*, t. iv, Madrid, Real Academia de la Historia, 1882, p. 190.

<sup>117</sup> A. Santa Cruz, *Crónica de los Reyes Católicos*, t. I, ed. J. DE MATA CARRIAZO, Madrid, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1951, p. 190. La almalafa era una prenda que vestían los moros de Granada para expresar su sometimiento y veneración a los reyes (véase A. FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, *Casa y Corte de Isabel I...*, p. 319).

<sup>118</sup> Estas referencias y las anteriores en A. BERNÁLDEZ, *Historia de los Reyes Católicos...I*, pp. 220-221.

<sup>119</sup> TORRE y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, I, p. 166. El gusto por la decoración basada en letras moriscas debió estar muy arraigado, como sugiere la documentación escrita. En los bienes inventariados tras el fallecimiento de la reina se enumeran «çinco letras moriscas estanpadas y vna Y de oro», que se fundieron en la Casa de la moneda de Segovia (A. DE LA TORRE, *Testamentaria*, 1968, p. 108).





y los tabardos eran piezas muy similares<sup>120</sup>. Sin embargo, de la entrada de la reina Isabel en Toledo bastantes años antes, en 1476, lo más destacado fue el conjunto de joyas que lució para esa ocasión, en la que «traya un collar de piedras preciosas de balajes, señaladamente vno que se dize aversyedo del rrey Salomon, en letras que son en él», además de una corona muy rica hecha de oro y piedras preciosas<sup>121</sup>.

Las crónicas ofrecen bastantes ejemplos donde poder averiguar el tipo de trajes con los que los reyes solían ataviarse en estas circunstancias, pero pocas veces se alude a ellos en las cuentas reales. Está claro que podía ser cualquiera de las ropas ornamentadas con ricos adornos de oro y piedras preciosas que encontramos reiteradamente citadas en sus páginas. En una ocasión, y de manera excepcional, Gonzalo de Baeza anotó en su libro el pago de «seys varas e quarta de çebti carmesy, para vna rropa larga para el principe, con que entro en la dicha çibdad, que se enforro en brocado (...)»<sup>122</sup>.

Mucho más que las entradas reales, los recibimientos de embajadas eran, sin duda, las ocasiones idóneas para el despliegue de medios propagandísticos dirigidos a exaltar y reforzar la imagen de la realeza<sup>123</sup>. Se han advertido dos períodos en la evolución del ceremonial característico de tales eventos, una vez que accede al poder la dinastía Trastámara y hasta el reinado de los Reyes Católicos. En una primera fase, que alcanzaría hasta los inicios de la época de Juan II, los actos más relevantes se circunscribían al ritual de la entrada solemne de la embajada y al recibimiento que le dispensaba el numeroso séquito cortesano. Las negociaciones se iniciaban con la lectura de los discursos pertinentes explicando las motivaciones del encuentro y, una vez alcanzado un acuerdo en los compromisos, los pactos resultantes se sellaban con los juramentos oportunos. La misión se daba por concluida con la recepción de regalos al tiempo que la comitiva extranjera era agasajada con todo tipo banquetes y festejos.

En un segundo momento, detectable sobre todo a partir de los años 30 «se prestará especial atención a lo que podrían considerarse como los pequeños detalles que rodeaban estos actos»<sup>124</sup>. Serán entonces los vestidos, la presencia de un séquito numeroso y la magnificencia de las fiestas convocadas en honor a los huéspedes las peculiaridades inconfundibles de la complejidad del protocolo, siempre en aras de obtener una imagen pública ampliamente reforzada. Y ello por dos razones. En primer lugar, porque ponían de manifiesto la liberalidad real, representada en un cortejo ricamente ataviado. Y en

---

<sup>120</sup> Idea que ya sugirió C. BERNIS MADRAZO en «Modas moriscas en la sociedad cristiana española del siglo xv y principios del xvi», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. CXLIV (1959), pp. 225-226.

<sup>121</sup> BACHILLER PALMA, *Divina retribución...*, cap. xv, p. 64.

<sup>122</sup> Se refiere a la entrada en la ciudad de Valencia que tuvo lugar en marzo de 1488 (TORRE y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, I, p. 239) y A. RUMEU DE ARMAS, *Itinerario de los Reyes Católicos (1474-1516)*, Madrid, CSIC, 1974, p. 158 (en adelante A. RUMEU, *Itinerario...*).

<sup>123</sup> Acerca de la ceremonialización de las relaciones internacionales léase a J.M. NIETO, *Ceremonias...*, pp. 133 a 143. Según este autor, el alcance político del protocolo activado en los recibimientos de embajadas extranjeras variaba según se tratara de una embajada de negociación o de una embajada de ceremonia. En las embajadas de negociación, lo ceremonial se limitaba a ofrecer una actitud positiva y favorable a los pactos, mientras que en las segundas era precisamente la propia solemnidad de la ceremonia que presidía los encuentros la que constituía el fin último de ellas (*ibidem*, p. 134).

<sup>124</sup> *Ibidem*, p. 140.

segundo lugar porque poseer un nutrido séquito tenía una marcada trascendencia simbólica, en tanto que el rey, como «hacedor de nobles», contribuía a la exaltación de su figura cuanto mayor era el número de caballeros de los que se hacía rodear.

En mayor o menor medida, los monarcas trastámara actuaron siempre como perfectos anfitriones. Las habilidades de Juan II y Álvaro de Luna fueron ampliamente imitadas por sus sucesores, aunque se ha dicho que Enrique IV prestó menos interés que el resto a estas cuestiones. Aún así sus crónicas relatan ciertas excepciones, como el recibimiento a la embajada del duque de Bretaña<sup>125</sup>, ocasión en la que

hiso el rrey muchas merçedes de dineros, brocados, sedas, paño y syngulares enforros de martas (...) no solamente a la rreyna y sus damas y a los prinçipales señores de su corte mas a sus criados e servidores (...). Acabadas las fiestas y el enbaxador tratado con tanta honrra, dada con mucha conclusyón en su enbaxada, el rrey le mandó haser grandes merçedes de cavallos e mulas, plata e dineros, pieças de brocado y de seda, con que se partió muy contento, loando la grandeza de su estado...

Años más tarde, todavía siendo princesa, Isabel fue la anfitriona en Alcalá de Henares de otros embajadores del duque de Borgoña<sup>126</sup>. En aquella ocasión lució varios modelos distintos durante los diferentes encuentros que mantuvo con los extranjeros, a los que acudía siempre engalanada con ricas joyas de oro. Para la primera cita eligió un brial de terciopelo verde y un tabardo de brocado raso, color carmesí y en otra ocasión los recibió vestida con un brial de brocado carmesí cuyas faldas llevaban verdugos de cebrí verde. Repitió modelo, esta vez con los verdugos de oro, cuando acudió a una corrida de toros en honor de los huéspedes y después de la cena «se retraxo con sus damas, é ella é todas tornaron vestidas de otra manera, que fue cosa que pareció mui bien, y danzaron y bailaron las damas y los gentiles hombres todos mui ricamente vestidos franceses»<sup>127</sup>. El relato concluye que aquella fiesta «creese que ha sido una de las buenas fiestas que se podieron» y que no las hicieron desmerecer en absoluto de las de sus predecesores<sup>128</sup>. Es más, parece que esta tendencia se acentuó durante su reinado. Zurita recuerda que

En principios del año de 1489 se celebraron en la villa de Valladolid grandes fiestas con todo el aparato real que se pudo representar, porque el rey y la reina quisieron mostrar el contentamiento que tuvieron de la deliberación del rey de romanos y de su embajada, y que sus embajadores viesan la grandeza de su Corte y la majestad de su Casa real; porque los alemanes y franceses, señaladamente los que sabían el fausto

<sup>125</sup> D. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, *Crónica de Enrique IV...*, cap. xxiv, pp. 169-170.

<sup>126</sup> *Relación de las fiestas de Alcalá en obsequio de los embajadores de Borgoña*, en D. Clemencín, *Elogio de la Reina Católica Doña Isabel*. Granada, Universidad de Granada, 2004, pp. 327-331 (en lo sucesivo D. Clemencín, *Elogio...*). Aunque el texto señala que fue en 1478, esta recepción había tenido lugar algunos años antes, en 1473, entre otras razones porque aún era princesa (*ibidem*, p. 327 y A. FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, *Casa y Corte de Isabel I...*, documento 6 y pp. 334-336).

<sup>127</sup> D. CLEMENCÍN, *Elogio...*, p. 331.

<sup>128</sup> *Ibidem*.



y opulencia de la Casa de Borgoña en el tiempo del Duque Philippo, publicaban que en ningún reino se celebraban las fiestas solemnes con el aparato y magnificencia que en aquella Casa se sabían hacer por aquellos príncipes<sup>129</sup>.

Quizá ese deseo explique que Isabel prefiriera lucir vestidos franceses durante las citadas fiestas de Alcalá, con el objeto de demostrar que conocía y era capaz de emular la magnificencia atribuida a la corte borgoñona, referente de la moda europea del momento, tanto en lo que atañe a la indumentaria como al ceremonial de corte. Pero el hecho de que no dudara en vestir las novedades castellananas podría significar un acto de autoafirmación, mostrando una alternativa propia tan suntuosa como la de sus contemporáneos borgoñones y capaz de rivalizar con aquella.

El relato de Roger Machado, miembro de la embajada inglesa que visitó Castilla para concertar el matrimonio de Catalina, hija de los Reyes Católicos, con el príncipe de Gales constituye un ejemplo valioso de la consecución de sus propósitos y del alcance efectivo de la propaganda real desplegada en esas circunstancias. La primera audiencia tuvo lugar el 14 de marzo de 1489 y Machado describió con todo lujo de detalles el escenario y la ceremonia con la que fueron recibidos los embajadores<sup>130</sup>. De sus palabras se deduce la fascinación que le provocó el vestido de los reyes, describiendo a Fernando engalanado con «una exuberante ropa de hilo de oro, tejida enteramente de oro y festoneada con una rica orla de preciosa marra cebellina» y a la reina, que estaba sentada junto a él, con «un rico traje de la misma ropa tejida de oro que llevaba el rey y confeccionada a la moda del país, tal y como la llevan actualmente las damas del reino. Y sobre el dicho traje colgaba una mantilla de terciopelo negro, toda veteada de grandes agujeros, como para mostrar bajo el terciopelo el tejido de oro con que se había vestido». Machado se mostró gratamente impresionado con el collar y el ceñidero que la reina lució en ese encuentro, a juzgar por la minuciosidad con la que los describe<sup>131</sup>.

---

<sup>129</sup> *Anales de la Corona de Aragón compuestos por Jerónimo Zurita, Cronista de dicho Reino*, ed. Á. CANELLAS LÓPEZ, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1990, Libro XX, cap. LXXX, p. 561.

<sup>130</sup> Describe de manera minuciosa la escenografía del recibimiento, sin olvidar detalle sobre la sala donde fueron recibidos, la riqueza del dosel donde les esperaban los reyes y las normas de precedencia que se siguieron para organizar la comitiva: los embajadores fueron escoltados hasta «una gran estancia» en la que Isabel y Fernando les esperaban «sentados bajo un rico dosel ceremonial de paño de oro». La comitiva estaba formada por los Obispos de Oviedo y de Málaga «escoltando a sir Richard Nanfan el uno por la derecha y el otro por la izquierda», el Conde de Monterrey y el Comendador de Calatrava que escoltaron al «doctor Savage», todos siguiendo el orden de precedencia preceptivo, «y detrás de ellos otros señores, caballeros y personalidades en gran número». El rey de armas estuvo acompañado por Rodrigo de Mercado y el señor Juan de Sepúlveda que «caminaba delante de los embajadores luciendo un rico abrigo ricamente bordado con las armas de Inglaterra». Junto a los anfitriones se encontraban muchos nobles, entre ellos el conde de Haro, el duque de Alburquerque, el duque de Placentia, el conde de Benavente «al que debí haber mencionado el primero, pues estaba sentado más cerca de la reina en el mismo asiento» (J.M. BELLO y B. HERNÁNDEZ, «Una embajada a la Corte de los Reyes Católicos ...», pp. 188-199).

<sup>131</sup> «La reina llevaba alrededor de la cintura un ceñidero de piel blanca hecho al estilo del que suelen llevar los hombres; [del] cual la faltriquera estaba decorada con un gran balaje del tamaño de una pelota pequeña, entre cinco resplandecientes diamantes y otras gemas del tamaño de una judía. Y el resto del cinturón estaba decorado con un gran número de otras piedras preciosas. Llevaba al



Los monarcas cuidaron sobremanera los regalos con los que agasajaron a sus huéspedes, haciendo gala de una prodigalidad que no dejara duda de la grandeza de su estado<sup>132</sup>. Hace un instante he mencionado el dispendio de Enrique IV con los representantes de la embajada de Borgoña. También los acompañantes de Roger Machado recibieron presentes muy lujosos consistentes en todo tipo de arreos y sillas de montar, además de los consabidos tejidos suntuarios<sup>133</sup>.

Con ocasión de otro matrimonio real, el de la primogénita de los Reyes Católicos con Alfonso de Portugal, los embajadores portugueses Diego de Silveira y el Chanciller de Portugal, que se acercaron hasta Sevilla, recibieron ciertas sedas y algunos brocados comprados al mercader toledano Alonso de la Torre por valor de 615.118 mrs. El lote incluía brocado morado de pelo, brocado raso carmesí, terciopelo de diversos colores, rasos carmesíes, verdes, azules y leonados; aceituníes verdes de Florencia y granas coloradas y rosadas de Londres<sup>134</sup>. A esta cantidad hay que añadir 47.909 mrs. que costaron ciertas sedas para unos vestidos y una mula con su guarnición que los monarcas regalaron a un tal Camariño, judío portugués y truhán<sup>135</sup>.

Aunque en un contexto distinto, pero como pieza importante de la diplomacia que supo vertebrar Isabel la Católica con sus vecinos musulmanes, fue muy habitual –y así se constata en los libros de los tesoreros reales– el envío de paños muy caros y ricas sedas a los reyes de Granada. Uno de estos presentes, dirigido a la reina y a ciertos caballeros y escuderos del rey de Granada «su vasallo», alcanzó un valor de 320.085 mrs.<sup>136</sup> En el lote iban para la reina de Granada veinte varas de brocado raso carmesí y morado, más quince varas de raso de color verde. Los caballeros recibieron grana para capuces, terciopelo negro para sayos, raso carmesí y aceituní anaranjado para jubones. En mayo de 1492, cuando los infantes de Granada adoptaron la fe católica, don Fernando y don Juan, como pasaron a llamarse, fueron obsequiados por Isabel con dos mulas y sus guarniciones, además de con un conjunto de ropas de brocado, de seda y paño, por valor de 47.626 mrs., incluyendo la hechura de todo. En aquella ocasión los tejidos fueron para jubones, sayos, tabardos, capuces, calzas y bonetes, además de «quatro varas de tela de seda rrasa, para los capillejos, quando se tornaron

---

cuello un ostentoso collar de oro engastado enteramente con rosas blancas y rojas, cada rosa aderezada con una gran piedra preciosa. Además de esto, llevaba dos cintas suspendidas sobre cada uno de sus senos, engalanadas con grandes diamantes, balajes y otros rubíes, perlas y varias alhajas de gran valor en número de cien o más» (*ibidem*, pp. 188-199).

<sup>132</sup> Acerca de los regalos como instrumento fundamental de la diplomacia en tiempos de los Reyes Católicos, entre otras cuestiones relativas a las embajadas en esta época, recomiendo la lectura de M.A. OCHOA BRUN, *Historia de la Diplomacia Española*, vol. 4, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1995, pp. 469-478.

<sup>133</sup> Sólo una mula costó 10.000 mrs., pero además recibieron terciopelos negros y verdes y cebtíes de color carmesí y morado de Florencia (AGS, C y SR, leg. 1, fol. 9 (1490)).

<sup>134</sup> TORRE y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, I, pp. 341-342.

<sup>135</sup> Los atuendos eran una ropa larga, un sayo, un jubón, un tabardo, unas calzas y unos borceguíes (AGS, C y SR, leg. 1, fol. 10 (15-IV-1490)) e *ibidem*, p. 341).

<sup>136</sup> *Ibidem*, pp. 47-48.



cristianos»<sup>137</sup>. Sin embargo, más adelante, la reina Isabel encargó a Fernando de Medina, cordonero, que hiciera y bordara para ellos unas prendas típicamente moriscas, como unos albornosos y unas aljubetas<sup>138</sup>, trabajos que debía haber hecho en más de una ocasión Francisco de la Hera, el sastre y calcetero del príncipe don Juan<sup>139</sup>. Esta política diplomática incluía también a los mensajeros granadinos que acudían a la corte con frecuencia, como «Abrahen de Mora», a quien los reyes obsequiaron en cierta ocasión con sedas y paños para jubones y capuces<sup>140</sup>.

### 3.3 JUSTAS, JUEGOS DE CAÑAS Y CORRIDAS DE TOROS

Todas estas ceremonias que acabamos de señalar culminaban con el desarrollo de diversos tipos de juegos y espectáculos que tenían como escenario privilegiado las ciudades y las villas, convertidas entonces en un espacio para la fiesta<sup>141</sup>. En la plaza del mercado, a las puertas de la iglesia o del palacio, e incluso en una calle si ésta era lo suficientemente ancha, se habilitaban miradores, cadahalsos y gradas desde los que observar la destreza de los caballeros. Y si la villa era importante, sus ciudadanos asistían entonces a las corridas de toros que tenían lugar en el «campo del toro» o, en su defecto en la plaza, acomodada para ello siempre y cuando su tamaño y sus características así lo permitieran<sup>142</sup>. Años más tarde, con motivo del primer viaje de Carlos I a Castilla, Lorenzo Vital pudo ver cómo el mercado de Valladolid, durante los preparativos para la celebración de un torneo «fue cerrado con gruesas vallas en cuadro (...) Alrededor de las dichas vallas, por fuera, estaba todo lleno de catafalcos bien tendidos de tapices, adornados y engalanados, para las damas y damiselas, muchachos jóvenes y gentes de todas clases, como burguesas, comerciantes y otras»<sup>143</sup>.

Estas fiestas caballerescas contribuían a aumentar el prestigio de sus organizadores y de los participantes, sumándose por tanto al conjunto de medios e instrumentos propagandísticos que empleó la realeza en aras de fortalecer la imagen de su poder<sup>144</sup>.

<sup>137</sup> TORRE y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, II, p. 22.

<sup>138</sup> Como en abril de 1496, por ejemplo (Torre y Alsina, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, II, p. 313).

<sup>139</sup> Al menos eso es lo que se deduce de cierta documentación en la que se mencionan los trabajos que este sastre ha hecho «a su alteza y a sus pajes y a otras personas» durante varios años y que no se le habían pagado. En ellos figura la relación de la hechura de unas aljubas y albornosos para estos infantes (AGS, C y SR, leg. 1, fols. 3 y 4).

<sup>140</sup> TORRE y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, I, p. 268.

<sup>141</sup> Resultan de indudable interés para esta cuestión los artículos de J.L. CORRAL LAFUENTE, «La ciudad bajomedieval en Aragón como espacio lúdico y festivo», *Aragón en la Edad Media*, vol. 8 (1989), pp. 185-198 y G. PALOMO HERNÁNDEZ y J.L. SENRA GABRIEL y GALÁN, «La ciudad y la fiesta en la historiografía castellana en la Baja Edad Media: escenografía lúdico-festiva», *Hispania*, vol. LIV, núm. 1/186 (1994), pp. 5-36 (en adelante G. PALOMO HERNÁNDEZ y J.L. SENRA GABRIEL y GALÁN, «La ciudad y la fiesta ...»).

<sup>142</sup> *Ibidem*, p. 24

<sup>143</sup> J. GARCÍA MERCADAL, *Viajes de extranjeros...*, p. 675.

<sup>144</sup> Sobre estas fiestas caballerescas puede verse, entre otros, los trabajos de R. DE ANDRÉS DÍAZ, «Las fiestas de caballería en la Castilla de los Trastámara», *En la España Medieval, Estudios en*





La nobleza también encontró en ellas un escenario adecuado para exhibir la jerarquía de las fortunas y de los rangos. Era una ocasión perfecta para poner a prueba la destreza y habilidad de los nobles caballeros y, en consecuencia, para obtener el reconocimiento público y adquirir fama. Pero también para lucir ricamente ataviados, especialmente «a la morisca»<sup>145</sup>. El mismo Antonio de Lalaing fue testigo de una corrida de toros en la gran plaza del mercado de Toledo a la que Felipe el Hermoso acudió vestido de tal guisa y «de allí volvió a la plaza delante del palacio, y jugó a las cañas, y corrió a la jineta por segunda vez»<sup>146</sup>. La citada embajada borgoñona que recibió Enrique IV convocó fiestas que duraron cuatro días. Durante el primer día «se hizo vna justa de veynte cavalleros, diez de cada parte, todos con muy rricos paramentos y ataviados». En el segundo «corrieron toros e después vn juego de cañas, en que avía çient cavalleros, çinquenta por çinquenta, todos con jaheses dorados y grandes atavíos de sus personas». Al tercer día tuvo lugar una montería «donde se mataron muchos bravos e peligrosos, asy a caballo como a pie», para terminar el cuarto día con la ejecución del famoso paso del Pardo<sup>147</sup>.

Poco tiempo después de que los Reyes Católicos fueran proclamados reyes de Castilla, la reina y sus damas asistieron en Valladolid a unas justas celebradas en su honor vestidas, Isabel de brocado y con una corona, y las mujeres que la acompañaban con tabardos «metad de brocado verde, y metad de terciopelo pardillo», quizá imitando el gusto morisco por la combinación de colores y tejidos en sus trajes<sup>148</sup>. Entre los gastos que generó la citada boda de Isabel con Alfonso de Portugal, las cuentas del tesorero Baeza mencionan 35.366 mrs. por «las sillas altas de las damas, en que salieron a las justas» y 535.366 mrs. por la plata y las sedas para los briales «e para las cabeças»<sup>149</sup>. De nuevo el relato de Fernando del Pulgar completa el cuadro escribiendo que «la Reyna salió a las justas e otras fiestas que se fizieron en aquellos quinze días vestida de paño de oro; e salieron con ella fasta setenta damas vestidas de paños brocados, e todas con grandes arreos y cadenas...»<sup>150</sup>.

Las referencias a otro juego cortesano conocido como *correr la sortija* son muy abundantes. Este divertimento era un ejercicio de destreza y habilidad que

---

*memoria del Profesor D. Claudio Sánchez Albornoz*, vol. 8 (1986), pp. 81-107 (en lo sucesivo R. DE ANDRÉS, «Las fiestas de caballería...»); T. RUÍZ, «Fiestas, torneos y símbolos de la realeza en la Castilla del siglo xv. Las fiestas de Valladolid de 1428», en A. RUCQUOI (coord.), *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media*. Valladolid, Ámbito Ediciones, 1988, pp. 249-265; J.E. RUIZ-DOMÉNEC, «El torneo como espectáculo en la España de los siglos xv-xvi», en *La Civiltà del torneo (sec. XII-XVII). Giostre e tornei fra Medioevo ed età Moderna. Atti del VII Convegno di studio*. Narni, Centro Studi Storici Di Narni, 1990, pp. 159-193; J.L. MARTÍN y L. SERRANO-PIEDecasas, «Tratados de caballería. Desafíos, justas y torneos», *Espacio, Tiempo, Forma. Historia Medieval*, vol. 4 (1991), pp. 161-242, entre otros relevantes trabajos.

<sup>145</sup> R. DE ANDRÉS, «Las fiestas de caballería...», pp. 84 y ss.

<sup>146</sup> J. GARCÍA MERCADAL, *Viajes de extranjeros...*, p. 438.

<sup>147</sup> D. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, *Crónica de Enrique IV...*, cap. 24º, p. 169.

<sup>148</sup> DOCTOR DE TOLEDO, *Cronicón de Valladolid (1333-1539)*, Valladolid, Grupo Princianno, 1984, pp. 93-94.

<sup>149</sup> TORRE y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, I, p. 335.

<sup>150</sup> F. DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos...*, II, cap. CCLVII (1490), p. 438.



consistía en introducir una lanza o caña por el hueco de una anilla<sup>151</sup>. Con tan solo nueve años, el príncipe Juan demostró la suya durante una estancia de la familia real en Zaragoza a fines de 1487<sup>152</sup>. En esta ocasión iba vestido con una ropa francesa confeccionada con terciopelo carmesí y cebtí blanco y leonado que se bordó, igual que su jubón, con hilo de oro. El sastre real cortó para él dos calzas, unas de estameña de grana y otras de paño negro «que se dieron de la cámara del rey» y que se sujetaron con agujetas hechas con catorce varas de cintas. Encima de estas ropas el príncipe don Juan lució un manto de cebtí carmesí que se decoró con plata dorada y en la cabeza un sombrero francés forrado de cebtí carmesí<sup>153</sup>.

Pero quizá lo que más habitual fueron los juegos de cañas, otra herencia más de la larga convivencia con los musulmanes en la frontera, a los que los caballeros solían asistir vestidos «a la morisca». Se trata de un simulacro de combate en el que los hombres, distribuidos en grupos, portando una armadura ligera y cabalgando con estribo corto, a la jineta, se lanzaban una especie de jabalinas hechas de caña, mientras el resto las intenta rechazar protegiéndose con adargas moriscas<sup>154</sup>. Palencia recordaba que Enrique IV «prefirió, a usanza de la caballería árabe, la jineta, propia para algaradas, incursiones y escaramuzas, a la más noble brida, usada por nosotros y por los italianos, respetable en la paz e imponente y fuerte en las expediciones y ejercicios militares»<sup>155</sup>. El Condestable Miguel Lucas de Iranzo «... cada día que avían de jugar a las cañas, mandaua poner de su cámara ciertas joyas; conviene a saber, camisas moriscas, e tocas tuneçis, e gentiles almaysares, e capirotos moriscos de muy finos paños, bien fechos borceguíes marroquíes»<sup>156</sup>. En este sentido resulta significativa una descripción hallada en la *Testamentaria* de Isabel la Católica acerca de una camisa «de olanda de juego de cañas, gayada e labrada de vnas tiras bordadas sobre olanda de hilo de oro e seda azul e colorada (...) la qual pareçe que tuvo botones»<sup>157</sup>. Aunque la documentación no lo especifique siempre, es lógico creer que los numerosos quizotes, las camisas gayadas y listadas y otras prendas típicas de la indumentaria árabeislámica que figuran en sus páginas fueran los atuendos preferidos para lucir durante este tipo de festejos<sup>158</sup>. En el guardarropa de la reina Isabel había muchas de estas tocas tuneçis, confeccionadas con un tipo de lienzo procedente de

<sup>151</sup> Se trata de un juego de origen italiano que se extendió en la Península Ibérica en los años centrales del s. xv (A. FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, *Casa y Corte de Isabel I...*, p. 355).

<sup>152</sup> El rey Fernando permaneció allí desde principios del mes de noviembre de 1487. El 17 del mismo mes se unió a él la reina Isabel y juntos estuvieron en dicha ciudad hasta mediados del mes de febrero del año siguiente (A. RUMEU, *Itinerario...*, pp. 156-157).

<sup>153</sup> TORRE y ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, I, pp. 236-237.

<sup>154</sup> Véase al respecto las páginas que le dedica A. FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, *Casa y Corte de Isabel I...* pp. 344-357.

<sup>155</sup> A. DE PALENCIA, *Crónica de Enrique IV...*, I, p. 12.

<sup>156</sup> *Hechos del Condestable...*, cap. xi (1463), pp. 116-117.

<sup>157</sup> A. DE LA TORRE, *Testamentaria...*, 1968, p. 217.

<sup>158</sup> En el caso de las gayas solían colocarse en los escotes y en los puños de las camisas mientras que las que llevaban listas se distinguían por los adornos bordados sobre la tela que recorrían de arriba abajo las mangas y el cuerpo. Pueden ampliarse estos datos en C. BERNIS MADRAZO, «Indumentaria española del siglo xv: la camisa de mujer», *Archivo Español de Arte*, vol. xxx (1957), pp. 187-209.

ese lugar, así como otro tipo de tocados moriscos, como los alharemes y los almaizares. Estos últimos solían confeccionarse con sedas de colores, se usaron para vestir de gala e Isabel fue muy aficionada a los que se hacían en Almería<sup>159</sup>.

Como en los otros casos, los reyes y su séquito asistían a estos espectáculos ataviados con ricos vestidos y adornos. Los hombres elegían casi sin variación los trajes moriscos para asistir a los juegos de cañas mientras que las mujeres optaban por modelos diferentes, unas veces franceses otras a la moda castellana, luciendo los verdugados en sus briales o sayas, como fue vestida Isabel con ocasión de la corrida de toros y el juego de cañas celebrado para agasajar a la embajada borgoñona<sup>160</sup>. Recordemos que años más tarde Fernando y Felipe el Hermoso asistieron a la representación de unas escaramuzas y que Felipe y algunos otros acudieron «vestidos a la morisca, muy lujosamente»<sup>161</sup>. Su atuendo estaba compuesto por unos albornoces de dos colores, azules y carmesíes, bordados a la morisca. Del arraigo de esta moda en Castilla dice mucho el relato de Lorenzo Vital<sup>162</sup> cuando describe el traje de un anciano que se presentó ante Carlos V, mucho tiempo después, por mandado del marqués de Villena

este buen anciano, por medio de su atavío, parecía ser uno de los tres reyes que fueron a adorar a nuestro salvador Jesús (...) estaba cubierto en la cabeza a la moda turquesca o judaica, como los turcos y sarracenos se cubren; es un tocado que da varias vueltas, todo de tela, alrededor de la cabeza, como en Castilla solían usar; pero ahora se ha abandonado mucho, a no ser los ancianos, que con pena abandonaron sus antiguas costumbres y maneras de hacer ...

La costumbre de vestir a la usanza morisca debió estar radicada en otros lugares fuera de la península, en donde se imitaría por la suntuosidad de su apariencia. Ya de regreso, durante su paso por la ciudad de Lyon, Felipe el Hermoso corrió a la jineta junto al señor de Ligny «vestidos iguales cada uno con un sayal de seda carmesí abierto a la morisca y un capuchón de seda brochada gris y resto de las cosas todo uno, montados y aderezados a la jineta»<sup>163</sup>.

Todas estas solemnidades, convertidas en espectáculos públicos, eran actos fundamentales de comunicación con los que se recordaba la jerarquía y se ponderaba la imagen regia y la de los otros grupos de poder, separándolos cada vez más del resto de la sociedad. Luego, en las salas de los palacios tenían lugar otras diversiones. La rudeza de los torneos era sustituida por el placer de la comida y la cortesía de la danza, mientras se amenizaba a los comensales con la visión de los entremeses y la intervención de los momos.

---

<sup>159</sup> M. GONZÁLEZ, *La Casa de Isabel la Católica...*, pp. 293-294.

<sup>160</sup> Recordemos que allí vistió «un brial de carmesí los verdugos de oro, una ropa de raso toda arpada, el collar de las frechas, en la cabeza una corona con muchas piedras y cubierta corona imperial» (D. CLEMENCÍN, *Elogio...*, p. 330).

<sup>161</sup> La cita completa en la nota núm. 41.

<sup>162</sup> J. GARCÍA MERCADAL, *Viajes de extranjeros...*, p. 665.

<sup>163</sup> *Ibidem*, p. 486.



## 4. CONCLUSIONES

La indumentaria de la realeza bajomedieval cumplía, y eso no es nada nuevo, un relevante papel como instrumento al servicio de las manifestaciones del poder. Reyes y reinas no sólo debían ser poderosos sino que tenían la ineludible obligación de parecerlo. La etiqueta cortesana, las normas de precedencia, los escenarios y sus diversos elementos, las insignias y los emblemas contribuían sin lugar a dudas a llevar a buen puerto este objetivo. Pero los vestidos y las joyas tenían la peculiaridad de transformaren espectáculo la propia figura real, convertida entonces en un ejemplo que admirar y respetar. Por tal razón hemos de pensar que su indumentaria está ajena a todo resquicio de improvisación, priorizando entonces su papel simbólico por encima de las evidentes funciones prácticas y materiales, en tanto que pieza indispensable de un lenguaje simbólico que busca ensalzar la majestad real.

Este corto paseo, de la mano de cronistas y viajeros, por los lugares y escenarios de ciertos acontecimientos de la vida pública y privada de algunos monarcas bajomedievales, especialmente de Isabel I de Castilla, nos permite corroborar esta cuestión. Sus testimonios aportan, además, interesantes datos acerca del gusto de la familia real por las modas foráneas en materia de indumentaria, noticias que ratifican las cuentas y los inventarios de los tesoreros y de los camareros reales. Modas borgoñonas o francesas, italianas y alemanas, modas propias y modas moriscas que los reyes y su séquito lucieron en las diferentes ceremonias que protagonizaron a lo largo de su reinado.

Los ricos trajes franceses que imitaban el lujo de la corte borgoñona compartían espacio en el guardarropa de Isabel la Católica junto a suntuosas prendas copiadas de la indumentaria arabeislámica, y todos ellos lo hacían con vestidos originales de la moda castellana, como los verdugos y los chapines, en el caso de las mujeres de su Corte y de su Casa. Isabel, consciente como hemos visto de la reputación de la corte de Borgoña, usó unos y otros para seducir a los miembros de su embajada, demostrando tal vez que la corte castellana podía competir en originalidad, riqueza y fastuosidad con su homónima borgoñona.

En esa moda española que tan poderosamente llamó la atención de los foráneos ellos reconocían un estilo peculiar y diferente, basado en el uso habitual de las sedas, la combinación de telas y colores, la preferencia por los carmesés y el empleo reiterado del oro en la confección de las prendas. A estos rasgos peculiares se añade la predisposición a vestir trajes moriscos, o bien a decorarlos con algunos bordados y guarniciones cuya factura y motivos recordaban ese origen, como el gusto por los adornos con motivos caligráficos basados en letras árabes. Esta afición era todavía más evidente entre los miembros masculinos de su familia y de su séquito, que se mostraron fascinados con las ropas moriscas, vistiéndolas insistentemente cuando acudían a la representación de escaramuzas o cuando se divertían protagonizando juegos de cañas.

La presencia reiterada de todas estas prendas en los inventarios reales y las alusiones a esta moda en la mayor parte de los escritos de los viajeros sugieren que no se incorporaban al vestuario real como manifestación de exotismo, igual que se coleccionaban objetos y animales traídos de lugares lejanos. Por el contrario, lo que parece es que los turbantes, las aljubas y albornoces o los quizotes y las marlotas formaban parte del atuendo como lo hacían los jubones y las ropas con los que en



ocasiones se combinaban. De tal modo, y en esencia, el resultado ya no era ni una moda ni la otra, sino una peculiaridad que, a los ojos de los extranjeros, se convertía en una «moda española». Resulta significativo que la reina ordenara confeccionar ropas de corte típicamente cristiano para los infantes de Granada cuando estos se *tornaron cristianos* y que, sin embargo, años más tarde mandara hacer para ellos ricos albornosos y aljubetas. Y recordemos lo que Lorenzo Vital escribió después del encuentro de Carlos V con el anciano que *parecía ser uno de los tres reyes que fueron a adorar a nuestro salvador Jesús* porque iba tocado con un turbante *como en Castilla solían usar*. Una mezcla de costumbre, de familiaridad con un estilo determinado, una muestra de identidad o incluso la voluntad decidida de apropiarse de una manera peculiar de vestirse con la que también – y tan bien- se identificaban. En cualquiera de los casos, el atuendo se encarnaba en la expresión material de algunas de las claves relacionadas con la semiótica del poder.

Isabel I de Castilla entendió a la perfección, igual que sus predecesores, que la indumentaria cumplía un papel crucial si quería mostrar *la grandeza de sus ánimos e abundancia de sus reynos e señoríos*. Eso es evidente. Pero la elección de los vestidos que ella y su esposo Fernando lucieron el día de su entrada en el real de Illora, con los elementos moriscos a los que me he referido más arriba, parece la inequívoca manifestación de esa otra conquista simbólica, enunciada ahora a través de la apropiación de unos vestidos que ayudarán a recrear la imagen triunfal de unos monarcas que pretendían acabar con la frontera. Una frontera que ya habían traspasado hacía tiempo, y para quedarse, algunas costumbres y ciertas prendas de la indumentaria.

## BIBLIOGRAFÍA

### FUENTES EDITADAS

*Anales de la Corona de Aragón compuestos por Jerónimo Zurita, Cronista de dicho Reino*. Ed. Ángel Canellas López, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1990.

*Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla*. IV. Madrid, Real Academia de la Historia, 1882.

*Crónica del Halconero de Juan II Pedro Carrillo de Huete*. Ed. Juan de Mata Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1946.

*Crónica de Enrique IV escrita en latín por Alonso de Palencia*. I. Trad. castellana de A. Paz y Meliá, Madrid, Colección de Escritores Castellanos, 1904-1908.

*Crónica anónima de Enrique IV de Castilla (1454-1474)*. Ed. M.P. Sánchez Parra, vol. II, Madrid, Ediciones de la Torre, 1991.

*Crónica de Enrique IV de Diego Enriquez del Castillo*. Ed. A. Sánchez Martín, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994.



- Crónica de los Reyes Católicos de su secretario Fernando del Pulgar*. II. Ed. J. de Mata Carriazo, Madrid, Colección de Crónicas Españolas VI, 1943.
- Divina retribución sobre la caída de España en tiempo del noble rey Don Juan el Primero compuesto por el bachiller Palma*. Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1879.
- DOCTOR DE TOLEDO, *Cronicón de Valladolid (1333-1539)*. Valladolid, Grupo Princiano, 1984.
- GARCÍA DE MERCADAL, José, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. I. Salamanca, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1999.
- Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo*. Ed. J. de Mata Carriazo, Madrid, Colección de Crónicas Españolas III, 1940.
- Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel escrita por el Bachiller Andrés Bernáldez Cura de los Palacios, y Capellán del Arzobispo de Sevilla D. Diego Deza*. I. Sevilla, Bibliófilos Andaluces, 1870.
- Memorial de diversas hazañas. Crónica de Enrique IV ordenada por Mosén Diego de Valera*. Ed. J. de Mata Carriazo, Madrid, Colección de Crónicas Españolas, IV, 1941.
- PULGAR, Fernando del, *Claros varones de Castilla*. Ed. Jesús Domínguez Bordona, Madrid, 1969.
- SANTA CRUZ, Alonso, *Crónica de los Reyes Católicos*. I. Ed. J. de Mata Carriazo, Madrid, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1951.
- TORRE, Antonio de la, *Testamentaria de Isabel la Católica*. Valladolid, Instituto Isabel la Católica de Historia Eclesiástica, 1968.
- TORRE, Antonio de la y Engracia ALSINA, *Cuentas de Gonzalo de Baeza, tesorero de Isabel la Católica (1477-1491)*. I. Madrid, CSIC, 1955.
- , *Cuentas de Gonzalo de Baeza, tesorero de Isabel la Católica (1492-1504)*. II. Madrid, CSIC, 1956.
- , *Testamentaria de Isabel la Católica*. Barcelona: Vda. de Fidel Rodríguez, 1974.
- Una embajada de los Reyes Católicos a Egipto (según la «Legatio Babilónica» y el «Opus Epistolarum» de Pedro Mártir de Anglería*. Ed. L. García y García, Valladolid, CSIC, Instituto Jerónimo Zurita, 1947.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ANDERSON, Ruth M., «El chapín y otros zapatos afines». *Cuadernos de La Alhambra*, vol. V (1969), pp. 17-41.
- ANDRÉS DÍAZ, Rosana, «Las fiestas de caballería en la Castilla de los Trastámara». *En la España Medieval, Estudios en memoria del Profesor D. Claudio Sánchez Albornoz*, vol. 8 (1986), pp. 81-107.
- , «Las 'entradas reales' castellanas en los siglos XIV y XV, según las crónicas de la época». *En la España Medieval*, vol. 4 (1984), pp. 47-62.
- , «Fiestas y espectáculos en las «Relaciones Góticas del siglo XVI». *En la España Medieval*, vol. 14 (1991), pp. 307-336.
- ARIÉ, Rachel, «Quelques remarques sur la costume des musulmans d'Espagne au temps des nasrides». *Arabica* (1965), pp. 244-261.
- , «Acerca del traje musulmán en España desde la caída de Granada hasta la expulsión de los moriscos». *Revista del Instituto de Estudios Islámicos*, vol. XIII (1965-66), pp. 103-117.
- ARIÉS, Philippe, *El hombre ante la muerte*. Madrid, Taurus, 1987.
- BALANDIER, Georges, *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1994.



- BELLO LEÓN, Juan Manuel y M.<sup>a</sup> Beatriz Hernández Pérez, «Una embajada a la Corte de los Reyes Católicos y su descripción en el diario de Roger Machado». *En la España Medieval*, vol. 26 (2003), pp. 167-202.
- BERNIS MADRAZO, Carmen, *Indumentaria medieval española*. Madrid, CSIC, 1956.
- , «Indumentaria española del siglo xv: la camisa de mujer». *Archivo Español de Arte*, vol. xxx (1957), pp. 187-209.
- , «Modas moriscas en la sociedad cristiana española del siglo xv y principios del xvi». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. CXLIV (1959), pp. 199-228.
- , *Trajes y modas en la España de los Reyes Católicos, I. Las mujeres*. Madrid, CSIC, 1978.
- , *Trajes y modas en la España de los Reyes Católicos, II. Los hombres*. Madrid, CSIC, 1979.
- BOEHN, Max von, *La moda: Historia del traje en Europa desde los orígenes del Cristianismo hasta nuestros días*, I. Barcelona, Salvat Editores, 1928.
- CANNADINE, David y Simon PRICE, *Rituals of Royalty. Power and Ceremonial in Traditional Societies*. Cambridge, Cambridge University Press, 1987.
- CAÑAVATE TORIBIO, Juan, «El enemigo: usos y actitudes de lo cristiano frente a lo moro». *Arqueología y territorio medieval*, vol. 7 (2000), pp. 157-170.
- CASTRO, Teresa de, «El Tratado sobre el vestir, calzar y comer del Arzobispo Hernando de Talavera». *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, vol. 14 (2001), pp. 11-92.
- CARRASCO MANCHADO, Ana Isabel, «Discurso político y propaganda en la corte de los Reyes Católicos: resultados de una primera investigación (1474-1482)». *En la España Medieval*, vol. 25 (2002), pp. 299-379.
- , «Símbolos y ritos: el conflicto como representación», en J.M. Nieto (dir.), *La monarquía como conflicto en la Corona castellano-leonesa (c. 1230-1504)*. Madrid, Sílex, 2006, pp. 489-546.
- , «Isabel la Católica y las ceremonias de la monarquía». *e-Spania*, <http://e-spania.revues.org/308>; DOI: 10.4000/e-spania.308, 2006.
- , «Desplazamientos e intentos de estabilización: la corte de los Trastámara», *e-Spania*. <http://e-spania.revues.org/18876>; DOI: 10.4000/e-spania.18876, 2009.
- CLARE, Lucien, «Fêtes, jeux et divertissements à la Cour du Connetable de Castille Miguel Lucas de Iranzo (1460-1479)», en Les exercices physiques. *Le fête et l'écriture. Théâtre du Cour. Théâtre en Espagne et en Italie 1450-1530*, Aix en Provence, Université de Provence, 1987, pp. 5-31.
- CLEMENCÍN, Diego, *Elogio de la Reina Católica Doña Isabel*. Granada, Universidad de Granada, 2004.
- CONTRERAS VILLAR, Angustias, «La Corte del Condestable Iranzo. La ciudad y la fiesta». *En la España Medieval*, vol. 10 (1987), pp. 305-322.
- CORRAL LAFUENTE, José Luis, «La ciudad bajomedieval en Aragón como espacio lúdico y festivo». *Aragón en la Edad Media, Homenaje al profesor emérito Antonio Ubieto Arteta*, vol. 8 (1989), pp. 185-198.
- DOMÍNGUEZ CASAS, Rafael, *Arte y etiqueta de los Reyes Católicos. Artistas, residencias, jardines y bosques*. Madrid, Editorial Alpuerto, 1993.
- ESPAÑOL BELTRÁN, Francesca, *Els escenaris del rei. Art i monarquia a la Corona d'Aragó*. Tarrasa, Angle Editorial, 2001.
- FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, Álvaro, *Casa y Corte de Isabel I (1474-1504). Ritos y ceremonias de una Reina*. Madrid, Dykinson, 2002.





- FUCHS, Barbara, *Exotic Nation: Maurophilia and the Construction of Early Modern Spain*. Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2008.
- GARCÍA MARSILLA, Juan Vicente, «Le immagini del potere e il potere delle immagini. I mezzi iconici al servizio della monarchia aragonesa nel basso medioevo». *Rivista Storica Italiana*, vol. cxii, núm. 2 (2000), pp. 569-602.
- , «Vestir el poder. Indumentaria e imagen en las cortes de Alfonso El Magnánimo y María de Castilla». *Res publica*, vol. 18 (2007), pp. 353-373.
- GONZÁLEZ ARCE, José Damián, «El color como atributo simbólico del poder político (Castilla en la Baja Edad Media)», en *III Coloquios de Iconografía, Cuadernos de Arte e Iconografía*, v1/11. Madrid, Fundación Universitaria Española: Seminario de arte Marqués de Lozoya, 1993, pp. 103-108.
- , «Los colores de la corte del príncipe Juan (1478-1497), heredero de los Reyes Católicos. Aspectos políticos, estéticos y económicos». *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, vol. 26 (2013), pp. 185-208.
- GONZÁLEZ MARRERO, María del Cristo, *La Casa de Isabel la Católica. Espacios domésticos y vida cotidiana*. Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 2005.
- , «Imágenes privadas de la vida de Isabel la Católica. Contribución de los funcionarios domésticos al enaltecimiento de la figura real», en L. Ribot, J. Valdeón, y E. Maza (coords.), *Isabel la Católica y su época. Actas del Congreso Internacional*, vol. 1. Valladolid, Instituto Universitario de Historia de Simancas, 2007, pp. 463-479.
- , «Las mujeres de la Casa de Isabel la Católica», en J. Martínez y M. P. Marçal (coords.), *Las relaciones discretas entre las Monarquías Hispánica y Portuguesa: Las Casas de las Reinas (siglos xv-xix)*, vol. 2, Madrid, Ediciones Polifemo, 2009, pp. 841-886.
- JOLIVET-JACQUET, Sophie, «Pour soi vêtir à la cour de monseigneur le duc de Bourgogne: costume et dispositif vestimentaire à la cour de Philippe le Bon, de 1430 à 1455». *Bulletin du centre d'études médiévales d'Auxerre | BUCEMA* <http://cem.revues.org/984>, DOI: 10.4000/cem.984, 2004.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel, «1462: Un año en la vida de Enrique IV, rey de Castilla». *En la España Medieval*, vol. 14 (1991), pp. 237-274.
- LECUPPRE-DESJARDIN, Elodie, «Proclamar la autoridad, afirmar el poder, seducir al pueblo: una reflexión sobre la comunicación política en los antiguos países bajo borgoñones». *Edad Media, Revista de Historia*, vol. 13 (2012), pp. 103-121.
- LEGUINA, Enrique de, *Glosario de voces de armería*. Madrid, Editorial Felipe Rodríguez, 1912.
- MARTÍN, José Luis y Luis SERRANO-PIEDECASAS, «Tratados de caballería. Desafíos, justas y torneos». *Espacio, Tiempo, Forma. Historia Medieval*, vol. 4 (1991), pp. 161-242.
- MARTÍNEZ MARTÍNEZ, María, *La industria del vestido en Murcia (ss. XIII-XV)*. Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1988.
- , «Los gastos suntuarios de la monarquía castellana: aproximación a los aspectos técnicos y económicos a través del ejemplo de Juan I», en *La Manufactura urbana i els menestrals (ss. XII-XVI). IX Jornades d'Estudis Històrics Locals*. Palma de Mallorca, 1991, pp. 115-140.
- , «La imagen del rey a través de la indumentaria: el ejemplo de Juan I de Castilla». *Bulletin Hispanique*, vol. 96, núm. 2 (1994), pp. 277-287.
- , «Indumentaria y sociedad medievales (ss. XII-XV)». *En la España Medieval*, vol. 26 (2003), pp. 35-59.
- , «La creación de una moda propia en la España de los Reyes Católicos». *Aragón en la Edad Media*, vol. 19 (2006), pp. 343-380.

- MENJOT, Denis, «Un chrétien qui meurt toujours. Les funérailles royales de Castille à la fin du Moyen Âge», en M. Núñez y E. Portela (eds.), *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1987, pp. 127-138.
- NIETO ALCAIDE, VÍCTOR, «El mito de la arquitectura árabe. Lo imaginario y el sueño de la ciudad clásica». *Fragmentos revista de arte*, vols. 8-9 (1986), pp. 132-155.
- NIETO SORIA, José Manuel, «Del rey oculto al rey exhibido: un síntoma de las transformaciones políticas en la Castilla bajomedieval». *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, vol. 2 (1992), pp. 6-27.
- , *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*. Madrid, Editorial Nerea, 1993.
- , «Propaganda política y poder real en la Castilla Trastámara». *Anuario de Estudios Medievales*, vol. 25, núm. 2 (1995), pp. 489-516.
- (coord.), *Orígenes de la Monarquía Hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)*. Madrid, Editorial Dykinson, 1999.
- , «Ideología y representación del poder regio en la Castilla de fines del s. xv». *Estudios de Historia de España*, vol. 8 (2006), pp. 133-162.
- , «La imagen y los instrumentos ideológicos de exaltación del poder regio», en L. Ribot, J. Valdeón, y E. Maza (coords), *Isabel la Católica y su época. Actas del Congreso Internacional*, vol. 1. Valladolid, Instituto Universitario de Historia de Simancas, 2007, pp. 171-190.
- , «Ceremonia y pompa para una monarquía». *Cuadernos del CEMYR*, vol. 17 (2009), pp. 51-72.
- OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la Diplomacia Española*, vol. 4. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1995.
- PALOMO HERNÁNDEZ, Gema y José Luis SENRA GABRIEL Y GALÁN, «La ciudad y la fiesta en la historiografía castellana en la Baja Edad Media: escenografía lúdico-festiva». *Hispania*, vol. LIV, núm. 1/186 (1994), pp. 5-36.
- PELAZ FLORES, Diana, «Lujo, refinamiento y poder en la Cámara de María de Aragón (1420-1445)», en C. Villanueva, D. Reinaldos, J. Maíz e I. Calderón (eds), *Estudios recientes de Jóvenes Medievalistas. Lorca 2012*, Murcia, Sociedad Española de Estudios Medievales, Editum, Universidad de Murcia, 2013, pp. 111-125.
- , «La imagen de la reina consorte como muestra de poder en el reino de Castilla durante el siglo xv. Construcción y significado». *Medievalismo*, vol. 23 (2013), pp. 265-290.
- , «La gestualidad del poder. Significación del paso de la reina por las ciudades castellanas a lo largo del siglo xv», en J. Solórzano, B. Arízaga y A. Aguiar (eds.), *Ser mujer en la ciudad medieval europea*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2013, pp. 289-304.
- PIPONNIER, Françoise, *Costume et vie sociale. La Cour d'Anjou, XIV-XV siècle*. París-La Haya, Mouton, 1970.
- y Perrine Mane, *Se vestir au Moyen Âge*. París, Biro, 1995.
- RUÍZ, Teófilo, «Fiestas, torneos y símbolos de la realeza en la Castilla del siglo xv. Las fiestas de Valladolid de 1428», en A. Rucquoy (coord.), *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media*, Valladolid, Ámbito Ediciones, 1988, pp. 249-265;
- RUIZ-DOMÉNEC, José Enrique, «El torneo como espectáculo en la España de los siglos xv-xvi», en *La Civiltà del torneo (sec. XII-XVII). Giostre e tornei fra Medioevo ed età Moderna. Atti del VII Convegno di studio*. Narni, Centro Studi Storici Di Narni, 1990, pp. 159-193.



- RUMEU DE ARMAS, Antonio, *Itinerario de los Reyes Católicos (1474-1516)*. Madrid, CSIC, 1974.
- SENTENACH, Narciso, «Trajes civiles y militares en los días de los Reyes Católicos». *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, vol. 131 (1904), pp. 138-141 y 143-163.
- SERRA DÉSFILIS, Amadeo, «La imagen construida del poder real en la Corona de Aragón (siglos XIII\_XV): Casas, ceremonial y magnificencia». *Res publica*, vol. 18 (2007), pp. 35-58.
- SERRANO NIZA, Dolores, «El léxico castellano medieval se viste con palabras árabes. Algunos arabismos de indumentaria», en J. Aguadé, L. Abu-Shams y A. Vicente (coords), *Sacrum Arabo-Semiticum. Homenaje al profesor Federico Corriente en su 65 aniversario*, Zaragoza, Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, 2005, pp. 439-452.
- , «En torno al itinerario de ciertas prendas de vestir. Algunos arabismos sobre indumentaria». *Fortvnatae*, vol.16 (2005), pp. 289-300.
- TORRES BALBÁS, Leopoldo, «El ambiente mudéjar en torno a la Reina Católica y el arte hispano-musulmán en España y Berbería durante su reinado», en *Curso de conferencias sobre la política africana de los Reyes Católicos*, t. II, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1951, pp. 81-125.
- VARELA, Javier, *La muerte del Rey. El ceremonial funerario de la Monarquía Española (1500-1885)*. Madrid, Turner, 1990.

